

ANTOLOGÍA PARCIAL E INCOMPLETA DE LITERATURA CLÁSICA

José Antonio Hernández Guerrero



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2021

HERNÁNDEZ GUERRERO, José Antonio
Antología parcial e incompleta de Literatura Clásica
Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2021, 72 pp.
ISBN: 978-84-17422-80-6

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2021.
Este libro está sujeto a una licencia de «Atribución-NoComercial 4.0
Internacional (CC BY-NC 4.0)» de Creative Commons.



© 2021, José Antonio Hernández Guerrero
Algunos derechos reservados
ISBN: 978-84-17422-80-6

Portada: Selección de ediciones antiguas de libros de la literatura clásica, fotografía de José Antonio Hernández Guerrero.

ÍNDICE

	Págs.
1. <i>La Iliada, La Odisea</i> . Homero, siglo VIII a. C.	6
2. <i>Teogonía, Trabajos</i> . Hesíodo, siglo VII a. C.	8
3. <i>Efectos del amor</i> . Safo, c. 650/610-580 a. C.	10
4. <i>Hombres y dioses</i> . Píndaro, c. 518 a. C.	11
5. <i>Anacreónticas</i> . Pseudo-Anacreonte, 27 a. C.-476 d. C.	12
6. <i>Antígona</i> . Sófocles, 496 a. C.	13
7. <i>Idilios</i> . Teócrito, c. 310 a. C.	15
8. <i>Cantar de los cantares</i> . Capítulo 1, siglo IV a. C.	17
9. <i>El pajarito muerto</i> . Catulo, c. 87 a. C.-c. 57 a. C.	19
10. <i>Geórgicas</i> . Virgilio, 70 a. C.-19 a. C.	20
11. <i>Carpe diem</i> . Horacio, 65 a. C.-8 a. C.	22
12. <i>Elegías</i> , «Para qué esa locura». Tibulo, 54 a. C.-19 a. C.	23
13. <i>Elegías</i> , «Y preguntáis, mortales». Propercio, c. 47 a. C.-16 a. C.	25
14. <i>Metamorfosis</i> , «La Edad de Oro». Ovidio, 43 a. C.-17 d. C.	27
15. <i>Epístolas morales a Lucilio</i> , «Los viajes y las lecturas». Séneca, 4 a. C.-65 d. C. ...	29
16. <i>Evangelio de san Juan</i> , 90 d. C.	31
17. <i>De la vida feliz</i> . San Agustín, 354-430	32
18. <i>De rosis nascentibus</i> , «Era la primavera». Pseudo-Ausonio, 310-395	34
19. <i>El Corán</i> , 610-632	37
20. <i>Cantar de los Nibelungos</i> . Anónimo, siglo XIII	39
21. <i>Cantar de Mio Cid</i> . Anónimo, 1200	41
22. <i>La Divina Comedia</i> . Dante Alighieri, 1265-1321	42
23. <i>Soneto a Laura</i> . Petrarca, 1304-1374	44
24. <i>El Decamerón</i> . Giovanni Boccaccio, 1313-1375	45
25. <i>Libro de buen amor</i> . Arcipreste de Hita, c. 1283-c. 1350	48
26. <i>Cuentos de Canterbury</i> . Geoffrey Chaucer, c. 1340-1400	50
27. <i>Gargantúa</i> . François Rabelais, 1494-1553	52
28. <i>La mandrágora</i> . Nicolás Maquiavelo, 1469-1527	54
29. <i>Soneto XV</i> . Garcilaso de la Vega, 1501?-1536	56

30. <i>Esta desnuda playa, esta llanura</i> . Fernando de Herrera, 1534-1597	57
31. <i>Guía de Pecadores</i> . Fray Luis de Granada, 1504-1588	58
32. <i>Al salir de la cárcel</i> . Fray Luis de León, 1527-1591	59
33. <i>Vivo sin vivir en mí</i> . San Juan de la Cruz, 1542-1591	60
34. <i>Vivo sin vivir en mí</i> . Santa Teresa de Jesús, 1515-1582	62
35. <i>Don Quijote</i> . Miguel de Cervantes, 1547-1616	64
36. <i>El Rey Lear</i> . William Shakespeare, 1564-1616	66
37. <i>A un sueño</i> . Luis de Góngora, 1567-1627	67
38. <i>Amor constante más allá de la muerte</i> . Francisco de Quevedo, 1580-1645	68
39. <i>Desmayarse, atreverse, estar furioso</i> . Lope de Vega, 1562-1635	69
40. <i>El Paraíso Perdido</i> . John Milton, 1608-1674	70
41. <i>Tartufo</i> . Jean-Baptiste Poquelin, Molière, 1622-1673	72

NOTA PREVIA

Las antologías -colecciones de fragmentos de obras elegidas según el criterio de su autor- son parciales y personales. Podemos decir que, por definición, son incompletas y subjetivas. Soy consciente, por lo tanto, de que el título de este cuaderno es redundante pero he decidido mantenerlo para enfatizar mi invitación explícita a los lectores con la intención de que cada uno elabore la suya propia añadiendo o suprimiendo los textos que, a su juicio, sean los más adecuados e importantes.

Por razones de espacio y de tiempo, he preferido terminarla en el Barroco y espero que, en los próximos cursos, podamos continuarla con el Romanticismo y con los demás movimientos de los siglos XIX, XX y XXI.

La lectura atenta y crítica de estos fragmentos, además de estimular la búsqueda de otras obras, podrá servirnos como referentes para la elaboración de nuestras propias composiciones.

1. *La Iliada, La Odisea. Atribuida a Homero*

(s. VIII a. C.)

Se duda de que Homero fuera una persona real o un personaje legendario. Es probable, incluso, que las obras a él atribuidas hayan sido escritas por otros autores o, tal vez, sean recopilaciones de tradiciones orales del periodo de la época de la Antigua Grecia¹. En sus biografías, mezclas de leyendas y de realidades, se repite que era ciego. La más antigua, atribuida a Herodoto, data del siglo V a. C.

La *Iliada* -uno de los cimientos de nuestra literatura y de nuestra cultura occidental- cuenta el episodio del último año de la guerra de Troya en el que Aquiles demuestra su cólera contra Agamenón, su comandante, que le había robado su esclava Briseida. Tras retirarse del combate, decide regresar movido por la ira que le causó la muerte de su amigo compañero de armas Patroclo.

La *Odisea* narra la vuelta a casa de Ulises, después de diez años de lucha en la guerra de Troya. El regreso a la isla de Ítaca, de la que era rey, también duró otros diez años. Durante este período su esposa Penélope es pretendida por quienes están convencidos de que su marido habría muerto.

Estas obras cumplen funciones pedagógicas, sociales, políticas y religiosas. El amor, la astucia y la inteligencia son factores determinantes en las explicaciones de los conflictos personales, de las guerras entre los pueblos y de los enfrentamientos con los designios de los dioses.

Fragmento del Canto IV

422. Como las olas impelidas por el Céfito se suceden en la ribera sonora, y primero se levantan en alta mar, braman después al romperse en la playa y en los promontorios, suben combándose a lo alto y escupen la espuma; así las falanges de los dánaos marchaban sucesivamente y sin interrupción al combate. Los capitanes daban órdenes a los suyos respectivos, y éstos andaban callados (no hubieras dicho que los siguieran a aquéllos tantos hombres con voz en el pecho) y temerosos de sus caudillos. En todos relucían las labradas armas de las que iban revestidos. Los troyanos avanzaban también, y como muchas ovejas balan sin cesar en el establo de un hombre opulento, cuando, al serles extraída la blanca leche, oyen la voz de los corderos; de la misma manera se eleva un confuso vocerío en el vasto ejército de aquéllos.

No era igual el sonido ni el modo de hablar de todos y las lenguas se mezclaban, porque los guerreros procedían de diferentes países. A los unos los excitaba Ares; a los otros, Atenea, la de ojos de lechuza, y a entrambos pueblos, el Terror, la Fuga y la Discordia, insaciable en sus furores

¹ Antigua Grecia es el período de la historia que comienza el año 1200 a. C. y la invasión dórica, hasta el año 146 a. C. y la conquista romana de Grecia tras la batalla de Corinto. Fue la cultura que sirvió de base a la civilización occidental.

y hermana y compañera del homicida Ares, la cual al principio aparece pequeña y luego toca con la cabeza el cielo mientras anda sobre la tierra. Entonces la Discordia, penetrando por la muchedumbre, arrojó en medio de ella el combate funesto para todos y aumentó el afán de los guerreros.

Odisea (s. VIII a. C.)

Fragmento del Canto I

Concilio de los dioses

Háblame, Musa, de aquel varón de multiforme ingenio que, después de destruir la sacra ciudad de Troya, anduvo peregrinando larguísimo tiempo, vio las poblaciones y conoció las costumbres de muchos hombres y padeció en su ánimo gran número de trabajos en su navegación por el ponto, en cuanto procuraba salvar su vida y la vuelta de sus compañeros a la patria. Mas ni aun así pudo librarlos, como deseaba, y todos perecieron por sus propias locuras. ¡Insensatos! Comiéronse las vacas del Sol, hijo de Hiperión; el cual no permitió que les llegara el día del regreso. ¡Oh diosa, hija de Júpiter!: cuéntanos aunque no sea más que una parte de tales cosas.

Ya en aquel tiempo los que habían podido escapar de una muerte horrorosa estaban en sus hogares, salvos de los peligros de la guerra y del mar; y solamente Ulises, que tan gran necesidad sentía de restituirse a su patria y ver a su consorte, hallábase detenido en hueca gruta por Calipso², la ninfa veneranda, la divina entre las deidades, que anhelaba tomarlo por esposo. Con el transcurso de los años llegó por fin la época en que los dioses habían decretado que volviese a su patria, a Ítaca, aunque no por eso debía poner fin a sus trabajos, ni siquiera después de juntarse con los suyos. Y todos los dioses le compadecían, a excepción de Neptuno, que permaneció constantemente airado contra el divino Ulises hasta que el héroe no arribó a su tierra.

² Cuando naufragó el barco de Ulises, Calipso lo hospedó en su cueva, y lo agasajó con manjares, bebida y su propio lecho. Lo retuvo durante siete años según Homero, cinco según Apolodoro y uno según Higino. Tuvo de él dos hijos: Nausítoo y Nausínoo.

2. *Teogonía*. Hesíodo

(s. VII a. C.)

Hesíodo puso por escrito y ordenó todo el cuerpo mitológico transmitido hasta entonces de forma oral. La parte de su obra que se ha conservado se debe al uso que de ella hicieron los mitógrafos clásicos posteriores. Se consideran auténticas la *Teogonía*, *Los trabajos y los días* y los 54 primeros versos de *El escudo de Heracles*³ en la que reivindica por primera vez la justicia frente a los abusos y a las desigualdades de los poderosos. La pretensión de Hesíodo con su poesía didáctica era educar. Según el mito de las edades, la humanidad ha ido sucesivamente decayendo. La lectura alegorizante o moralizante de los textos clásicos grecolatinos fue habitual en Europa desde la Antigüedad tardía durante los Siglos de Oro de la Literatura Española como, por ejemplo, en Calderón de la Barca.

Teogonía

Musas Heliconiadas

Comencemos nuestro canto por las Musas Heliconiadas, que habitan la montaña grande y divina del Helicón. Con sus pies delicados danzan en torno a una fuente de violáceos reflejos y alrededor del altar del muy poderoso Cronión. Después de lavar su piel suave en las aguas del Permeso, en la Fuente del Caballo o en el divino Olmeo, forman bellos y deliciosos coros en la cumbre del Helicón y se cimbrean vivamente sobre sus pies. Partiendo de allí, envueltas en densa niebla, marchan al abrigo de la noche, lanzando al viento su maravillosa voz, con himnos a Zeus portador de la égida, a la augusta Hera argiva calzada con doradas sandalias, a la hija de Zeus portador de la égida, Atenea de ojos glaucos, a Febo Apolo y a la asaetadora Artemis, a Posidón que abarca y sacude la tierra, a la venerable Temis, a Afrodita de ojos vivos, a Hebe de áurea corona, a la bella Dione, a Eos, al alto Helios y a la brillante Selene, a Leto, a Jápeto, a Cronos de retorcida mente, a Gea, al espacioso Océano, a la negra Noche y a la restante estirpe sagrada de sempiternos Inmortales.

Ellas precisamente enseñaron una vez a Hesíodo un bello canto mientras apacentaba sus ovejas al pie del divino Helicón. Este mensaje a mí, en primer lugar, me lo dirigieron las diosas, las Musas Olímpicas, hijas de Zeus portador de la égida: ¡Pastores del campo, triste oprobio, vientres tan solo! Sabemos decir muchas mentiras con apariencia de verdades; y sabemos, cuando queremos, proclamar la verdad. Así dijeron las hijas bienhabladas del poderoso Zeus. Y me dieron un cetro después de cortar una admirable rama de florido laurel. Me infundieron voz divina para celebrar el futuro y el pasado, y me encargaron alabar con himnos la estirpe de los felices Sempiternos, y cantarles siempre a ellas mismas al principio y al final. Mas, ¿a qué me detengo con esto en torno a la encina o la roca?

³ Varios críticos piensan que *El Escudo de Heracles* no fue escrita por él debido a los rasgos tan distintos que presenta con respecto a los otros dos poemas.

Trabajos

Primavera

Y después del solsticio del invierno
cuando completa Zeus
ya los sesenta días,
la estrella Arturo viene y abandona
la sagrada corriente del Océano,
y se eleva radiante
sobre los firmamentos,
por vez primera, al filo de la noche.

La Pandiónida luego,
la golondrina del agudo llanto,
se aparece a los hombres
cuando nace la nueva primavera.

Antes que llegue, poda tú las viñas:
es el mejor momento.

(Traducción de Esteban Torre)

3. Efectos del amor. Safo

(c. 650/610-580 a. C.)

Safo, de cuya vida solo conocemos conjeturas realizadas a partir de su obra, además de crear o popularizar la estrofa sáfica, compuso epitalamios, unos cantos nupciales que eran adaptaciones de canciones populares dirigidas a los novios y a las novias. Expresaban sentimientos de amor y de alegría propiciados por la diosa Afrodita aunque, a veces, se referían a los celos, a las decepciones y a las rivalidades.

Efectos del amor

Juzgo dichoso como un dios al hombre
que está sentado frente a ti y escucha
el dulce arrullo que, al hablar, despiertas
con tus palabras

y con tu risa encantadora; tiene
mi corazón estremecido, porque
si yo te miro sólo un breve instante,
quedo sin voz:

duerme mi lengua, por mi cuerpo corre
un tenue fuego, de mis ojos huye
toda visión, con mis oídos oigo
sólo un zumbido.

Un sudor frío me recubre: tiemblo,
estoy a punto de morir, se tiñe
pronto mi piel de palidez verdosa
como la hierba.

Todo tendrá que soportarse, porque...

(Fragmento 31. Traducción de Esteban Torre)

4. *Hombres y dioses.* Píndaro

(c. 518 a. C.)

Píndaro -según la tradición, nació en Cinoscéfalos, Beocia y pertenecía a una familia aristocrática- utiliza la victoria deportiva para alabar el valor de los atletas: sus triunfos reflejan la victoria de lo Bello y de lo Bueno sobre la mediocridad. Su estilo se caracteriza por las asociaciones imprevistas que él establece entre diferentes elementos. El lenguaje elevado procede de una mezcla artificiosa de varios dialectos y de distintos procedimientos retóricos, en especial de imágenes. Según Heródoto y Voltaire su poesía es ininteligible pero, para Goethe y Hölderlin, es un símbolo del genio creador.

Hombres y dioses

Una sola es la estirpe de los hombres
y de los dioses: de una sola madre
recibimos el soplo de la vida.

Mas nos separan muy diversos grados
en los poderes:
de una parte, nada;
de otra, el cielo de bronce,
que permanece siempre
como mansión segura.

Pero, con todo, en algo
nos parecemos a los inmortales:
ya en la hondura del alma,
ya en la naturaleza.

Aunque esto no conocemos
el término al que vamos
corriendo cada día,
y durante las noches,
y nos tiene marcado ya el destino.

(Traducción de Esteban Torre⁴)

⁴ Esta Oda I de las Olimpiacas de Píndaro, también la tradujo en verso de fray Luis de León en *el Parnaso español* de López de Sedano, y en el t. IV, pág. 274 de sus *Obras* (Madrid, Ibarra, 1816).

5. *Anacreónticas*. Pseudo-Anacreonte

(27 a. C.-476 d. C.)

Época Imperial romana

Las *Anacreónticas* -como explica Esteban Torre- están contenidas en la *Antología Griega* o *Palatina* y son imitaciones de las obras de Anacreonte de las que solo quedan cortos pasajes de transmisión indirecta y dos papiros con varios fragmentos. Estas cancioncillas «desenfadadas y pintorescas», traducidas o parafraseadas por importantes poetas, fueron imitadas por Esteban Manuel de Villegas, Ignacio de Luzán, José Cadalso, Gaspar Melchor de Jovellanos, Juan Meléndez Valdés, Manuel María de Arjona, Alberto Lista y Francisco de la Rosa⁵.

La cigarra

Te felicito, cigarra,
cuando en la copa del árbol
bebes gotas de rocío,
como una reina cantando.

Tuyos son los nuevos brotes:
todos cuantos dan las plantas
y contemplas en los campos.

Amiga del labrador,
a nadie produces daño.

Apreciada por los hombres,
dulce nuncio del verano,
las musas te quieren bien,
y el mismo brillante Apolo
te dio el melodioso canto.

Ese honor es tu custodia,
ser arrullador y sabio.
Eres impasible, etérea,
Y casi a un dios te comparo.

(Traducción de Esteban Torre)

⁵ *Poetas de Grecia y Roma, 40 poemas*. Selección, traducción, prólogo, notas y glosario de Esteban Torre, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2019.

6. *Antígona*. Sófocles

(496 a. C.)

Autor de obras de tragedias clásicas como *Antígona* y *Edipo rey*, se sitúa, junto con Esquilo y Eurípides, entre las figuras más destacadas de las obras dramáticas griegas. De toda su producción literaria solo se conservan siete tragedias completas. Sófocles recurre a los ciclos heroicos que reflejan sus orígenes religiosos. Del total de 33 tragedias conservadas pertenecientes al siglo V a. C., 24 se centran en cuatro grandes ciclos de personajes mitológicos (el de Troya, el de Tebas, el de Micenas y el del argivo Heracles). En estos ciclos míticos se concentran simbólicamente, a través de metáforas, los principales arquetipos del comportamiento humano.

Canto al hombre

Muchos son los portentos:
nada tan portentoso como el hombre.
Cruza la blanca mar,
llevado por los vientos procelosos,
en medio de las olas prominentes
que alrededor restallan.
Y a la Tierra, más alta entre los dioses
-incorruptible, infatigable-, agota
con el rotante arado, año tras año,
laboreando con caballerías.
Y a las bandadas de volubles aves,
las envuelve y apresa,
y a los seres marinos,
y al tropel de campestres animales
entre las finas mallas de sus redes:
hombre de claro ingenio.
Con sus artes, domina y se apodera
del animal que trepa por los montes,
del corcel cuyo hirsuto cuello doma,
del incansable toro montaraz.
La palabra, el alado pensamiento,
el sentido social de las naciones
aprende por sí mismo,
y a soslayar los dardos de la lluvia
rico en recursos. Sin recursos, nunca
le sorprenden los hados.
Sólo contra la muerte,
jamás vislumbra escapatoria alguna.
Aunque sabe escapar

de las enfermedades más tediosas.
Algo sutil -la fuerza de su ingenio:
más de lo imaginable-
ya hacia el mal, ya hacia el bien le condiciona.
Si une la ley terrena
la justicia jurada de los dioses,
digno sea en su patria.
Indigno de su patria el que, arrastrado
por la insolencia, vive en la injusticia.
Que jamás tome asiento
junto a mi hogar, ni mi sentir comparta
nunca quien tal hiciere.

(*Antígona*, 332 -375. Traducción de Esteban Torre)

7. *Idilios*. Teócrito

(c. 310 a. C.)

Fundador de la poesía bucólica o pastoril es uno de los más importantes del Helenismo. Es considerado el poeta del amor y de la simplicidad de la naturaleza y de las costumbres campesinas. Aúna la intensidad dramática con la expresividad lírica en una treintena de sus *Idilios* ('poemitas' en griego), canciones dialogadas en su mayor parte entre pastores que se cuentan sus penas de amor en medio de un paisaje paradisíaco que el autor identificó con la región griega de Arcadia. También compuso epigramas. Utilizó el dialecto dórico de Sicilia y creó un género que fue continuado por Mosco de Siracusa y Bión de Esmirna. Su obra poética se divide en poemas bucólicos, poemas de tema mitológico y mimos. En sus idilios y poemas bucólicos los escenarios son campestres, los protagonistas son pastores, vaqueros o cabreros. El tema suele ser erótico y los cánticos y la música están presentes continuamente. El poema III reproduce el género «ronda», de origen urbano.

TIRSIS

Es dulce la cadencia de aquel pino
que está junto a la fuente,
con un tenue murmullo;
y dulce es la canción de tu zampoña,
cabrero: sólo Pan podrá privarte
del más alto trofeo.

Si él se apodera del cornudo macho,
tú ganarás la cabra;
si él se lleva la cabra como premio,
conseguirás la chiva:
la carne de una chiva
buena es hasta el día en que la ordeñas.

CABRERO

Pues tu canto, pastor,
es más dulce que el agua resonante,
aquella que se vierte
desde lo alto de la limpia roca.

Si las Musas tomaran una oveja
de regalo, tendrías
tú como premio un tierno corderillo.
Y si a ellas les plugo
recibir el cordero
te quedarás tú luego con la oveja.

TIRSIS

¿Quieres, cabrero, quieres, por las Ninfas,
venir aquí a sentarte
al pie de la ladera de este monte,
junto a los tamarindos,
a tocar la zampoña?
Yo cuidaré entretanto de tus cabras.

(*Idilios*, I, 1-28. Traducción de Esteban Torre)

8. *Cantar de los cantares*

Capítulo 1, s. IV a. C.

El *Cantar de los cantares*, atribuido al rey Salomón, es uno de los libros «sapienciales», trata de dos amantes, un joven pastor y una sulamita, que han sido obligados a separarse, que se buscan con desesperación, declaman su amor en una forma poética, se reúnen y vuelven a separarse, con la profunda esperanza de volver a estar juntos para siempre, apoyándose en la antigua premisa de que «el amor siempre triunfa». Una de sus claves es la forma descriptiva, sensual e inspiradora, con la que desarrolla las diferentes situaciones utilizando la metáfora a través de imágenes de la naturaleza, frutos, flores y los árboles para expresar los vehementes deseos de los enamorados.

La esposa y las hijas de Jerusalén

¡Oh, si él me besara con besos de su boca!
Porque mejores son tus amores que el vino.
A más del olor de tus suaves ungüentos,
Tu nombre es como ungüento derramado;
Por eso las doncellas te aman.
Atráeme; en pos de ti correremos.
El rey me ha metido en sus cámaras;
Nos gozaremos y alegraremos en ti;
Nos acordaremos de tus amores más que del vino;
Con razón te aman.
Morena soy, oh hijas de Jerusalén, pero codiciable
Como las tiendas de Cedar,
Como las cortinas de Salomón.
No reparéis en que soy morena,
Porque el sol me miró.
Los hijos de mi madre se airaron contra mí;
Me pusieron a guardar las viñas;
Y mi viña, que era mía, no guardé.
Hazme saber, oh tú a quien ama mi alma,
Dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía;
Pues ¿por qué había de estar yo como errante
Junto a los rebaños de tus compañeros?
Si tú no lo sabes, oh hermosa entre las mujeres,
Ve, sigue las huellas del rebaño,
Y apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los
pastores.

La esposa y el esposo

A yegua de los carros de Faraón
Te he comparado, amiga mía.
Hermosas son tus mejillas entre los pendientes,
Tu cuello entre los collares.
Zarcillos de oro te haremos,
Tachonados de plata.
Mientras el rey estaba en su reclinatorio,
Mi nardo dio su olor.
Mi amado es para mí un manojito de mirra,
Que reposa entre mis pechos.
Racimo de flores de alheña en las viñas de En-gadí
Es para mí mi amado.
He aquí que tú eres hermosa, amiga mía;
He aquí eres bella; tus ojos son como palomas.
He aquí que tú eres hermoso, amado mío, y dulce;
Nuestro lecho es de flores.
Las vigas de nuestra casa son de cedro,
Y de ciprés los artesonados.

9. *El pajarito muerto. Catulo*

(c. 87 a. C.-c. 57 a. C.)

Fue el poeta latino que inició la elegía romana con los rasgos específicos de subjetividad, autobiografismo e intimidad, menos presentes en los poetas griegos. Los especialistas distribuyen los 116 poemas de Catulo en tres grupos. El primero, hasta la composición 60 inclusive, comprende poemas líricos cortos sobre temas diversos como el amor, anécdotas y sátiras. El segundo, el de mayor extensión e importancia, contiene epitalamios o himnos nupciales, poemas narrativos, epístolas y epigramas. Las composiciones del tercer grupo se distinguen por su común forma métrica: el dístico elegíaco.

El pajarito muerto

Llorad, oh Venus y Cupidos, todos
cuantos tenéis un corazón sensible.
Ha muerto el pajarito de mi amada.
Hacía las delicias de mi amada,
que lo quería más que a sus pupilas.

Era como la miel, y estaba siempre
como una niña con su propia madre:
no se alejaba nunca de sus brazos,
sino que, retozando acá y allá,
sólo a su dueña sin cesar piaba.

Y ahora va por caminos tenebrosos,
a la región de donde nadie vuelve.
Malditas seáis, negras tinieblas de Orco,
que devoráis todas las cosas bellas.
¡Me arrebatáis un pájaro tan tierno!

¡Ay, qué desdicha, pobrecito pájaro!
Por ti se inflaman y se ponen rojos
de llanto los ojitos de mi amada.

(Poemas, 3. Traducción de Esteban Torre)

10. *Geórgicas*. Publio Virgilio Marón

(70 a. C.-19 a. C.)

La vida y la obra de Publio Virgilio Marón (70 a. de J. C.-19 a. de J. C.) -miembro de una familia de labradores, hombre trabajador y poeta perfeccionista- siguen constituyendo unas llamadas potentes para todos los que estamos decididos a crecer como intérpretes y como animadores de una existencia humana mediante el cultivo de la sensibilidad literaria. Hombre tímido y ajeno a las luchas de los poderes políticos y de las rivalidades poéticas, entregó su tiempo a la creación de una obra que, densa en contenidos filosóficos, destaca, sobre todo, por su elevada calidad estética. En sus *Bucólicas* pone de manifiesto su afán de transfigurar y de humanizar la naturaleza. En sus *Geórgicas*, además de infundirnos amor a una tierra que exige sudores, nos anima para que transformemos los quehaceres cotidianos y en la *Eneida* nos estimula para que, de manera tenaz, nos esforcemos para descubrir los valores simbólicos y la dimensión artística -el tesoro espiritual- encerrados en la vida ordinaria.

Afortunados labradores

¡Qué dichosos serían
los labradores si saber pudieran
todo lo que poseen!

Lejos de la discordia de las armas,
con justicia reciben
fácil sustento de la tierra misma.

No tienen casas de soberbias puertas,
que derramen ingentes
olas de visitantes matinales
por todos los rincones.

Ni codician las jambas irisadas
de precioso carey,
ni los vestidos recamados de oro,
ni los bronce de Éfira.

Ni tiñen sus tejidos de alba lana
con el pigmento asirio,
ni usan el claro aceite
desvirtuándolo con la canela.

Pero la paz tranquila,
y una vida que no sabe de engaños,
rica en obras diversas, no les falta;
ni el ocio en sus dominios,

ni las cuevas, los lagos de agua vivas,
la frescura del valle,
el mugir de las vacas
los blandos sueños al amor de un árbol.

Allí se encuentran sotos y guaridas
de animales campestres,
y una paciente juventud, que sabe
de estrecheces y esfuerzos,
sacrificio a los dioses
y respeto a los padres. La Justicia,
al marchar de las tierras,
dejó en ellos sus últimos vestigios.

(*Geórgicas*, 2, 458-474. Traducción de Esteban Torre)

11. *Carpe diem*. Horacio

(65 a. C.-8 a. C.)

Filósofo, teórico literario y poeta, Quinto Horacio Flaco era un amante de la libertad y del orden. Imitador de los recursos métricos, de los temas y del estilo de los antiguos poetas griegos, se muestra enemigo del amaneramiento de los *poeti novi*. En los *Epodos* y en las *Sátiras* insiste en la moral y en las costumbres con unos dibujos en tono coloquial en los que representa la vida cotidiana de Roma, en las *Odas* alcanza un elevado nivel de calidad y de variedad de fórmulas métricas. Su *Epístola a los Pisones* o *Arte Poética* es un manual de literatura fundamental para el conocimiento de la mentalidad clásica y para la formación de los escritores actuales. Su expresión *beatus ille* tuvieron notable influencia en la poesía española entre los siglos XVI y XVIII, y constituyen unos modelos de identificación para los que aspiramos a disfrutar con los placeres y con las delicias de los episodios cotidianos aparentemente sencillos.

Carpe diem

No preguntes -no es lícito- los plazos
que a ti, que a mí, Leucónoe,
nos han dado los dioses,
ni consultes las tablas babilonias.
¡Cuánto mejor es recibir con calma
cualquier cosa que ocurra!

Quizás muchos inviernos,
o quizás uno solo, guarda Júpiter
para domar en los acantilados al bravo mar Tirreno.

Bebe tu vino, y en el breve espacio
de la vida no pongas
una larga esperanza.

Mientras hablamos, envidioso, el tiempo
huye: goza el ahora
y no confíes mucho en el mañana.

(*Odas*, I, II. Traducción de Esteban Torre)

12. *Elegías*, «Para qué esa locura». Tibulo

(54 a. C.-19 a. C.)

Según Quintiliano, de los cuatro grandes poetas elegíacos romanos, Cornelio Galo, Tibulo, Propercio y Ovidio, era *Tibulo tersus atque elegans maxime*, «el más castizo y elegante», (*Institutio Oratoria*, 10, I, 93). En su poesía añora la paz y evoca la sencillez de las viejas costumbres campesinas romanas.

¿Para qué esa locura
de incitar con las guerras negra muerte?
Ya está sobre nosotros:
con paso quedo viene y a escondidas.

Abajo no hay sembrados,
ni fresca vid, sino feroz Cerbero
y el infame barquero de la laguna Éstige.
Allí, con las mejillas
vacías y quemados los cabellos.
vaga por turbios lagos
un pálido gentío.

¡Cuánto es más digno de alabanza aquél
a quien llega el cansancio
de la vejez en su pequeña choza,
junto a sus familiares!

Él va tras sus ovejas,
mientras el hijo sigue a los corderos,
y si está fatigado,
su mujer le prepara el agua tibia.

Quisiera yo también
emblanquecer con canas mi cabeza,
saberme anciano y relatar los hechos
de mi vida pasada.

Entre tanto, la paz reine en la tierra:
la blanca paz, que puso
bajo sus curvos yugos
a los bueyes que aran.

La paz colmó las vides,
y recogió los jugos de la uva,
para que, al hijo, el ánfora del padre
escanciara su vino.

Brilla en la paz la azada;
pero las tristes armas del soldado
yacen entre las sombras,
y se velan de herrumbre.

(*Elegías*, I, 10, 33-50. Traducción de Esteban Torre)

13. *Elegías*, «Y preguntáis, mortales». Propercio

(c. 47 a. C.-16 a. C.)

El amor de Cintia le despertó el gusto por la poesía. Fue invitado al círculo literario de Cayo Mecenas, donde conoció a Virgilio y a Ovidio. De sus noventa poemas repartidos en cuatro libros de *Elegías*, los tres primeros están dedicados a Cintia, y en el cuarto relata viejas leyendas religiosas paganas, y aborda temas patrióticos de acuerdo con el programa regenerador del emperador Augusto. Imita la poesía neotérica alejandrina, y en especial a Calímaco. Su obra posee una característica melancolía y expresa patéticamente un concepto trágico de un amor que se ve atacado por los celos, la tristeza y la desilusión.

¡Y preguntáis, mortales,
la incierta fecha del cortejo fúnebre,
y por qué vericuetos
se acercará la muerte!

¡Y, en el cielo sereno,
indagáis con los cálculos Fenicios
cuál es la estrella buena
y cuál la estrella mala para el hombre!

Cuando a pie perseguimos a los Partos,
y en nave a los Britanos,
duros son y sombríos
los caminos del mar y de la tierra.

Y deploramos que nuestra cabeza
dependa de las turbas,
cuando entremezcla Marte a los soldados,
que confusos contienden.

Y tememos, también,
el fuego y la ruina en nuestras casas,
y que llegue a los labios
una negra bebida.

Sólo el amante sabe
cuándo debe morir, y de qué muerte;
y no teme los soplos
del Bóreas ni la guerra.

Y aunque ya esté sentado entre las cañas
de la laguna Estigia,
viendo las tristes velas
del barco del infierno,

si la voz de la amada
le volviera a llamar, retornaría,
recorriendo un camino
que la Ley no permite.

(*Elegías*, 2, 27. Traducción de Esteban Torre)

14. *Metamorfosis*, «La Edad de Oro». Ovidio

(43 a. C.-17 d. C.)

A pesar de que su padre le reprochaba que se dedicara a la poesía, una tarea que no proporcionaba riqueza -le recordaba que Homero había muerto en la pobreza- Ovidio, haciendo gala de su facilidad para componer versos y para disfrutar de las cosas bellas, se entregó a la creación literaria poniendo de manifiesto su amplia cultura, su dominio técnico de recursos, su afán de perfección y, a veces, una delicada agudeza, orientada por sus ganas de saborear la vida e impulsada por un irresistible sentido humorístico y burlesco. Considerado como «el poeta del amor erótico» y como un competidor de Catulo, en su *Ars amatoria* enseña los procedimientos para conquistar el amor de las mujeres y a estas les ofrece consejos para aumentar y para conservar la pasión de los hombres.

La Edad de Oro

Vino en primer lugar la Edad de Oro,
que, sin garante alguno,
por sí sola, sin leyes,
procuraba lo justo y verdadero.
No existían castigos ni pavores,
ni grabadas en bronce
palabras de amenaza;
ni temían el rostro de sus jueces
las suplicantes turbas, pues estaban
tranquilas, sin garante.

Ningún pino, cortado
para explorar países extranjeros,
había descendido aún de los montes
a las límpidas agua,
ni los mortales conocían playas
que no fueran las suyas.

Aún no estaban ceñidas las ciudades
por escarpados fosos,
y no existía el bronce, curvo o recto,
de trompas y trompetas,
ni cascos, ni puñales;
y, sin necesidad de gente armada,
podían cultivar sus dulces ocios,
sin inquietud, los pueblos.

Y hasta la misma tierra,
libre de cargas y jamás herida

por rastrillos y arados,
lo regalaba todo por sí sola.

Contentos con los frutos producidos
sin exigencia alguna,
tomaban las primicias del madroño,
las fresas de los montes,
las frutas del cornejo
las moras de los ásperos zarzales
y las bellotas que al azar caían
del ancho árbol de Júpiter.

Gozando de una eterna primavera,
los apacibles céfiros
con tibia brisa acariciaban flores
nacidas sin simiente.

Pero, además, la tierra producía,
sin labrar cereales;
y el campo, sin barbecho, emblanquecía
con espigas granadas.

Ya los ríos de leche serpenteaban,
ya los ríos de néctar;
y rubias mieles iban goteando
de la verdosa encina.

(Metamorfosis, I, 89-112. Traducción de Esteban Torre)

15. Epístolas morales a Lucilio, «Los viajes y las lecturas».

Lucio Anneo Séneca

(4 a. C.-65 d. C.)

Filósofo, político, orador y escritor romano, conocido por sus obras de carácter moral, es considerado como uno de los máximos representantes del estoicismo⁶. Su obra constituye la principal fuente escrita de filosofía estoica conservada hasta la actualidad. Abarca tanto obras de teatro como diálogos filosóficos, tratados de filosofía natural, consolaciones y cartas. Usando un estilo accesible y alejado de tecnicismos, definió las principales características del estoicismo tardío. La influencia de Séneca en generaciones posteriores fue importante. Durante el Renacimiento fue «admirado y venerado como un oráculo de edificación moral, incluso cristiana; un maestro de estilo literario y un modelo para las artes dramáticas».

Los viajes y las lecturas

Por las nuevas que me das y las que escucho de otros, concibo buena esperanza de ti: no vas de acá para allá ni te inquietas por cambiar de lugar, agitación ésta propia de alma enfermiza: considero el primer indicio de un espíritu equilibrado poder mantenerse firme y morar en sí. Mas evita este escollo: que la lectura de muchos autores y de toda clase de obras denote en ti una cierta fluctuación e inestabilidad. Es conveniente ocuparse y nutrirse de algunos grandes escritores, si queremos obtener algún fruto que permanezca firmemente en el alma. No está en ningún lugar quien está en todas partes. A los que pasan la vida en viajes les acontece esto: que tienen múltiples alojamientos y ningunas amistades. Es necesario que acaezca otro tanto a aquellos que no se aplican al trato familiar de ingenio alguno, sino que los manejan todos al vuelo y con precipitación.

El cuerpo no aprovecha ni asimila el alimento que expulsa tan pronto como lo ingiere; nada impide tanto la curación como el cambio frecuente de remedios; no llega a cicatrizar la herida en la que se ensayan las medicinas; no arraiga la planta que a menudo es trasladada de sitio; nada hay tan útil que pueda aprovechar con el cambio. Disipa la multitud de libros; por ello, si no puedes leer cuantos tuvieres a mano, basta con tener cuantos puedas leer.

Pero, argüirás, «es que ahora quiero ojear este libro, luego aquel otro». Es propio de estómago hastiado de gustar muchos manjares, que cuando son variados y diversos indigestan y no alimentan. Así, pues, lee siempre autores reconocidos y, si en alguna ocasión te agrada recurrir a otros, vuelve luego a los primeros. Procúrate cada día algún remedio frente a la pobreza, alguno

⁶ Escuela filosófica griega y grecorromana fundada por Zenón de Citio en el siglo IV a. C. que concibe la ética como la senda para alcanzar la sabiduría mediante el dominio del alma que permite liberarse de las pasiones y de los deseos que perturban la vida.

frente a la muerte, no menos que frente a las restantes calamidades, y cuando hubieres examinado muchos escoge uno para meditarlo aquel día.

Esto es lo que yo mismo hago también; de los muchos pasajes que he leído me apropio alguno. El de hoy es éste que he descubierto en Epicuro (pues acostumbro a pasar al campamento enemigo no como tráfuga, sino como explorador): «cosa honesta -dice- es la pobreza llevada con alegría». Mas no es pobreza aquella que es alegre; no es pobre el que tiene poco, sino el que ambiciona más. Pues, ¿qué importa cuánto caudal encierre en su arca, cuánto en sus graneros, cuánto ganado apaciente o cuántos préstamos haga, si codicia lo ajeno, si calcula no lo adquirido, sino lo que le queda por adquirir? ¿Preguntas cuál es el límite conveniente a las riquezas? Primero tener lo necesario, luego lo suficiente.

(Epístolas morales a Lucilio [64 d. C.]. Traducción de Ismael Roca Meliá)

16. *Evangelio de san Juan*

(90 d. C.)

El lenguaje, notablemente diferente al de los otros textos evangélicos, posee un carácter más reflexivo y más adecuado para la meditación. Especial interés alcanza el prólogo en el que parte de la concepción de Jesús como Logos, Palabra, Lenguaje de Dios. Marcadamente simbólico, sitúa el ministerio público de Jesús en la sucesión de las festividades judías.

Prólogo (1, 1-14)

Capítulo 1

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él era, en el principio, junto a Dios:

Por Él, todo fue hecho, y sin Él nada se hizo de lo que ha sido hecho.

En Él era la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron.

Apareció un hombre, enviado de Dios, que se llamaba Juan.

Él vino como testigo, para dar testimonio acerca de la luz, a fin de que todos creyesen por Él.

Él no era la luz, sino para dar testimonio acerca de la luz. La verdadera luz, la que alumbra a todo hombre, venía a este mundo.

Él estaba en el mundo; por Él, el mundo había sido hecho, y el mundo no lo conoció.

Él vino a lo suyo, y los suyos no lo recibieron. Pero a todos los que lo recibieron, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios: a los que creen en su nombre. Los cuales no han nacido de la sangre, ni del deseo de la carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros -y nosotros vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre- lleno de gracia y de verdad.

17. *De la vida feliz. San Agustín* (354-430 d. C.)

San Agustín, tras su conversión fue obispo de Hipona, en el norte de África. En *De la vida feliz* señala como meta de la existencia humana la felicidad, y el pensamiento como la senda hacia nuestro hogar, el lugar de nuestro bienestar. Su *Ciudad de Dios* es una interpretación cristiana de la vida individual y colectiva.

Capítulo I

Si al puerto de la filosofía, desde el cual se adentra ya en la región y tierra firme de la vida dichosa, ¡oh ilustre y magnánimo Teodoro!, se lograra arribar por un procedimiento dialéctico de la razón y el esfuerzo de la voluntad, no sé si será temerario afirmar que llegarían bastantes menos hombres a él, con ser poquísimos los que ahora, como vemos, alcanzan esta meta. Pues porque a este mundo nos ha arrojado como precipitadamente y por diversas partes, cual a proceloso mar, Dios o la naturaleza, o la necesidad o nuestra voluntad, o la combinación parcial o total de todas estas causas -problema éste muy intrincado, cuya solución tú mismo has emprendido-, ¡cuántos sabrían adonde debe dirigirse cada cual o por dónde han de volver, si de cuando en cuando alguna tempestad, que a los insensatos les parece infortunios, contra toda voluntad y corriente, en medio de su ignorancia y extravío, no los arrojase en la playa por la que tanto anhelan!

Pues me parece que se distinguen en tres clases los hombres que, como navegantes, pueden acogerse a la filosofía. La primera es de los que al llegar a la edad de la lucidez racional, con un pequeño esfuerzo y leve ayuda de los remos, cambian ruta de cerca y se refugian en aquel apacible puerto, donde para los demás ciudadanos que puedan, levantan la espléndida bandera de alguna obra suya, para que, advertidos por ella, busquen el mismo refugio. La segunda clase, opuesta a la anterior, comprende a los que, engañados por la halagüeña bonanza, se internaron en alta mar atreviéndose a peregrinar lejos de su patria, con frecuente olvido de la misma. Si a éstos, no sé por qué secreto e inefable misterio, les da viento en popa, y tomándolo por favorable se sumergen en los más hondos abismos de la miseria engreídos y gozosos, porque por todas partes les sonrío la páfida serenidad de los deleites y honores, ¿qué gracia más favorable se puede desear para ellos que algún revés y contrariedad en aquellas cosas, para que, arrojados por ellas, busquen la evasión? Y si esto es poco, reviente una fiera tempestad, soplen vientos contrarios, que los vuelvan, aun con dolor y gemidos, a los gozos sólidos y seguros. Pero algunos de esta clase, por no haberse alejado mucho, no necesitan golpes tan fuertes para el retorno. Tales son los que por las trágicas vicisitudes de la fortuna o por las torturas y ansiedades de los vanos negocios, instigados por el ocio mismo, se han visto constreñidos a refugiarse en la lectura de algunos libros muy doctos y sabios, y al contacto con ellos se ha despertado su espíritu como en un puerto, de donde no les arrancará ningún halago y promesa del mar risueño. Todavía hay una clase intermedia entre las dos, y es la de los que en el umbral de la adolescencia o después de haber rodado mucho por el mar, sin embargo, ven unas señales, y en medio del oleaje mismo recuerdan su dulcísima patria; y sin desviarse ni detenerse, o emprenden directamente el retorno, o también, según acaece otras veces, errando entre las tinieblas, o viendo las estrellas que se hunden en el mar, o retenidos por algunos halagos, dejan pasar la oportunidad de la buena navegación y siguen

perdidos largo tiempo, con peligro de su vida. Frecuentemente a éstos los vuelve a la suspiradísima y tranquila patria alguna calamidad o borrasca, que desbarata sus planes.

(De la vida feliz, 386 d. C.)

18. *De rosis nascentibus*, «Era la primavera». Pseudo-Ausonio (310-395)

La obra de Ausonio, poeta y rétor latino, está reunida bajo el título general de *Opuscula*. Consta de veinte libros de temas variados como plegarias, poemas sobre filosofía pitagórica, astronomía, calendario y astrología, sobre las fechorías de Cupido, sobre Bísula -esclava y favorita del poeta- y descripciones de ciudades famosas. Según Esteban Torre, el poema *De rosis nascentibus* a él atribuido sería su «obra maestra».

De rosis nascentibus

Era la primavera
y, en el amanecer azafranado,
el día respiraba con dulzura
tras un frío punzante.

Una atrevida brisa
se adelantaba al carro de la Aurora,
queriendo anticipar
el caluroso día.

Vagaba yo por las cruzadas sendas
de los huertos,
deseoso de vida,
en las horas primeras.

Vi la escarcha cuajada,
colgando de las hierbas que se inclinan,
o reposando encima
de las erguidas plantas,
y las redondas gotas
jugueteando en una abierta col.

Y vi las rosaledas,
que disfrutaban del primor de Pesto,
cubiertas de rocío,
al renacer la estrella mañanera.

Alguna blanca perla,
sobre los escarchados matorrales,
se desvanecería
con los primeros rayos de la Aurora.

No podría saberse
si es la Aurora quien roba su rubor
o se lo da a las rosas,

el día con su luz tiñe las flores.

Hay un solo rocío,
sólo un color, una mañana sólo.
Para estrellas y flores
hay una dueña solamente: Venus.

Quizás también es una su fragancia:
si aquella por el aire
se derrama en los cielos,
la otra se respira más cercana.

Diosa común de estrellas y flores,
tú, la Reina de Pafos,
dispones que sus ropas
estén teñidas con los mismos tonos.

Era el momento justo.
Los nacientes capullos de las flores
se estaban dividiendo
en segmentos iguales.

Una está cobijada
por la cubierta de sus verdes hojas,
en otra se perfilan
tenues contornos de la roja púrpura.

Ésta entreabre las altivas cumbres
del capitel primero,
liberando la punta
de su cabeza grana.

Aquella desplegaba ya sus velos
unidos en lo alto,
pensando en numerarlos
como sus propias hojas.

Y entonces, de repente,
se abrió la gloria del radiante cáliz,
luciendo claramente
sus densos granos de azafrán oculto.

Otra, que rutilaba
con todo el fuego de su cabellera,
abandonada por sus mustios pétalos,
palidece al instante.

Yo me maravillaba
de la rapiña del huidizo tiempo,
viendo que, cuando nacen,
ya envejecen las rosas.

He aquí que, mientras hablo,
se derrumba la roja cabellera
de la flor rutilante,
y es la tierra quien brilla con su púrpura.

Tantas figuras, tantos nacimientos,
tantos cambios de forma
en un día comienzan,

y en ese día acaban.

Siento, Naturaleza,
que hayan de ser tan breves tus favores:
enseñas tus regalos,
para quitarlo ante los mismos ojos.

La duración de un día tiene apenas
la vida de las rosas:
la juventud y la vejez se unen
en instantes fugaces.

A la que vio nacer una mañana
la Aurora reluciente,
al caer de la tarde
la contempla marchita.

Pero no importa: si en tan corto plazo
debe morir la rosa,
prolongará su vida
con los nuevos retoños.

Muchacha, coge rosas,
fresca tu juventud, fresca la flor;
y piensa que tus años
son también fugitivos.

(Traducción de Esteban Torre)

19. *El Corán*

(610-632)

Interpretado y valorado por los musulmanes como libro religioso revelado textualmente por Dios, el Corán posee también un carácter literario, al menos en algunos de sus pasajes. En él se combinan relatos, versos, exhortaciones y prescripciones legales. Se mezclan versos rimados y fragmentos en prosa.

Sura 1

¡En el nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso!
Alabado sea Alá, Señor del universo,
el Compasivo, el Misericordioso,
Dueño del día del Juicio,
A Ti solo servimos y a Ti solo imploramos ayuda.
Dirígenos por la vía recta,
la vía de los que Tú has agraciado, no de los que han incurrido en la ira, ni de los extraviados.

Sura 2

¡En el nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso!
Ésta es la Escritura, exenta de dudas, como dirección para los temerosos de Alá,
que creen en lo oculto, hacen la azalá y dan limosna de lo que les hemos proveído, creen en lo
que se te ha revelado a ti y antes de ti, y están convencidos de la otra vida.
Ésos son los dirigidos por su Señor y éstos los que prosperarán.
Da lo mismo que adviertas o no a los infieles: no creen.
Alá ha sellado sus corazones y oídos; una venda cubre sus ojos y tendrán un castigo terrible.
Hay entre los hombres quienes dicen: «Creemos en Alá y en el último Día», pero no creen.
Tratan de engañar a Alá y a los que creen; pero, sin darse cuenta, sólo se engañan a sí mismos.
Sus corazones están enfermos y Alá les ha agravado su enfermedad. Tendrán un castigo doloroso
por haber mentado.
Cuando se les dice: «¡No corrompáis en la tierra!», dicen: «Pero ¡si somos reformadores!».
¿No son ellos, en realidad, los corruptores? Pero no se dan cuenta.
Cuando se les dice: «¡Creed como creen los demás!», dicen: «¿Es que vamos a creer como creen
los tontos?». Son ellos los tontos, pero no lo saben.

Cuando encuentran a quienes creen, dicen: «¡Creemos!». Pero, cuando están a solas con sus demonios, dicen: «Estamos con vosotros, era sólo una broma».

Alá les devolverá la broma y les dejará que persistan en su rebeldía, errando ciegos.

Ésos son los que han trocado la Dirección por el extravío. Por eso, su negocio no ha resultado lucrativo y no han sido bien dirigidos.

Son como uno que alumbra un fuego. En cuanto éste ilumina lo que le rodea, Alá se les lleva la luz y les deja en tinieblas: no ven.

Son sordos, mudos, ciegos, no se convierten.

O como si viniera del cielo una nube borrascosa, cargada de tinieblas, truenos y relámpagos. Se ponen los dedos en los oídos contra el rayo, por temor a la muerte. Pero Alá cerca a los infieles.

El relámpago les arrebató casi la vista. Cuando les ilumina, caminan a su luz; pero, cuando les oscurece, se detienen. Si Alá hubiera querido, les habría quitado el oído y la vista. Alá es omnipotente.

¡Hombres! Servid a vuestro Señor, Que os ha creado, a vosotros y a quienes os precedieron. Quizás, así, tengáis temor de Él.

Os ha hecho de la tierra lecho y del cielo edificio. Ha hecho bajar agua del cielo, mediante la cual ha sacado frutos para sustentaros. No atribuyáis iguales a Alá a sabiendas.

Si dudáis de lo que hemos revelado a Nuestro siervo, traed una sura semejante y, si es verdad lo que decís, llamad a vuestros testigos en lugar de llamar a Alá.

20. *Cantar de los Nibelungos*. Anónimo

(s. XIII)

Es un *Cantar de Gesta* que recoge diversas leyendas existentes sobre los pueblos germánicos, mezcladas con hechos históricos y creencias mitológicas. Es considerado como la epopeya nacional alemana, como el *Cantar de mio Cid* en España y el *Cantar de Roldán* en Francia. Narra la gesta de Sigfrido, un cazador de dragones de la corte de los burgundios, quien valiéndose de artificios consigue la mano de la princesa Krimilda. Tras varias venganzas el traidor Hagen descubre que Sigfrido, por haber sido bañado con la sangre de un dragón, es invulnerable salvo en la parte de la espalda donde se depositó una hoja de tilo, y lo mata. Krimilda se refugia en la corte del rey Etzel (Atila), se casa con él y se vengá. Ordena decapitar a su hermano Gunter para conseguir que Hagen confiese dónde ocultó el tesoro de los nibelungos, pero al negarse este, Krimilda toma la espada de Sigfrido y lo decapita. Hildebrando de Berna y el rey Etzel contemplan la escena e Hildebrando, toma su espada y corta a Krimilda en dos.

Canto I

Muchas maravillas nos cuentan las leyendas de antaño. Nos hablan de héroes virtuosos, de grandes hazañas, de alegrías y fiestas, de lamentaciones y llantos y de combates entre valerosos guerreros. Oiréis ahora estas gestas. Creció en Burgundia una joven muy noble. Tan grande era su belleza que no existía en el mundo ninguna otra mujer que pudiera compararse con ella. Se llamaba Crimilda. Era una hermosa doncella; por su causa muchos guerreros habrían de perder la vida.

Era natural que en todos se despertara el amor por la encantadora doncella. Bravos guerreros trataban de ganar su favor; no había nadie que le deseara algún mal. Su noble figura hacía gala de una inigualable belleza y sus virtudes hacían juego con su hermosura.

La custodiaban tres nobles y poderosos reyes: Gúnter y Génot, renombrados caballeros, y el joven Gíselher, un glorioso guerrero. La doncella era su hermana y los nobles se encargaban de su protección.

Los tres eran magnánimos, de linaje noble, probados guerreros de fuerza y valor desmedidos. Su patria era Burgundia, aunque más tarde llevarían a cabo grandes hazañas en el país de Atila.

En Worms, en el país del Rin, vivían con sus huestes. Muchos orgullosos caballeros de aquellas tierras los servían hasta el final de sus días con encomiable honor, pero encontrarían una desdichada muerte a causa del rencor de dos nobles princesas.

Su madre, la reina Ute, era una gran señora. Su padre, el rey Dánkrat, era un hombre muy valeroso que ya en sus años mozos había forjado su fama y que al morir les dejó toda su herencia.

Los tres reyes eran, como ya he dicho, muy valientes. También estaban a su servicio los mejores guerreros conocidos, duros y bravos, que jamás se arredraron ante el combate más fiero.

Eran Hagen de Tronje y su hermano el bravo Dánkward; el señor Ortwin de Metz, los margraves Gere y Éckewart y también Vólker de Alzeze, a quienes sobraba el coraje.

Rúmolt, el maestro de cocina, era un excelente guerrero; Síndolt y Húnolt, que debían ocuparse de la corte y de su fama, eran vasallos de los tres reyes junto con otros muchos caballeros que no puedo enumerar. Dánkward era mariscal, mientras que su pariente, el señor Ortwin de Metz, era senescal del rey. Síndolt, el bizarro guerrero, era escanciador, y Húnolt, chambelán, dignos todos ellos de desempeñar los más dignos empleos⁷.

Sería interminable dar cuenta del esplendor de la corte, de sus vastos dominios, de su elevada grandeza y de su caballerosidad, cultivada con viva alegría a lo largo de toda su vida por aquellos nobles señores.

Este fue el sueño que Crimilda soñó: vio cómo un halcón hermoso, salvaje y fuerte, que ella había amaestrado, era despedazado por dos águilas. Nada había en la tierra que pudiera causarle mayor dolor. Contó este sueño a su madre, la reina Ute, quien no pudo encontrar mejor explicación que la siguiente: «El halcón que amaestras era tu noble esposo. Si el Señor no lo protege, lo habrás de perder muy pronto».

«¿Qué me dices de un esposo, mi queridísima madre? Quiero permanecer por siempre libre del amor de un guerrero. Deseo permanecer doncella como hoy hasta el día de mi muerte. Así no tendré que sufrir por el amor de ningún hombre».

«No lo asegures tan pronto», le respondió su madre. «Si alguna vez sientes en este mundo la dicha en tu corazón, será por el amor de un hombre. Serás una buena esposa, si el Señor algún día te concede por marido a un digno y buen caballero». «No sigáis hablando así, mi muy querida madre», le contestó Crimilda. «Muchas veces se ha visto cómo muchas mujeres han tenido al final que pagar la dicha con sufrimiento. Quiero evitar las dos cosas para que nunca se cebe en mí la desgracia».

Renunciaba Crimilda por entero al amor en su pensamiento. Así vivió muchos días felices la muy virtuosa doncella sin conocer a nadie que despertara su afecto. Pero tiempo después se convertiría en la orgullosa esposa de un valiente guerrero. Era aquel el mismo halcón que viera en sueños y cuyo significado le había explicado su madre. ¡Grande sería la venganza que ella se cobraría en sus parientes más próximos, aquellos que lo matarían! Por la muerte de un solo hombre habrían de morir los hijos de muchas madres.

(Traducción de José Fernández Bueno)

⁷ En la época de los Otones los empleos más importantes eran mariscal, senescal, escanciador y chambelán.

21. *Cantar de Mio Cid*. Anónimo

(1200)

Es la primera obra poética extensa y el único cantar épico de la literatura española. Relata hazañas heroicas inspiradas en los últimos años de la vida del caballero castellano Rodrigo Díaz de Vivar el Campeador. El estudio de Ramón Menéndez Pidal (1869-1968) aplicando por primera vez el método histórico-crítico marca el inicio de la Filología como ciencia moderna en España a finales del siglo XIX.

El Cid convoca a sus vasallos; Éstos se destierran con él.- Adiós del Cid a Vivar

Por sus ojos mío Cid va tristemente llorando;
volvía atrás la cabeza y se quedaba mirándolos.
Miró las puertas abiertas, los postigos sin candados,
las alcándaras vacías, sin pellizones ni mantos,
sin los halcones de caza ni los azores mudados.
Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado,
y comenzó a hablar así, justamente mesurado:
«¡Loado seas, Señor, Padre que estás en lo alto!
Todo esto me han urdido mis enemigos malvados».

Ya agujaban los caballos, ya les soltaban las riendas.
Cuando de Vivar salieron, vieron la corneja diestra,
y cuando entraron en Burgos, la vieron a la siniestra.
Movié mío Cid los hombros y sacudió la cabeza:
«¡Albricias, dijo Álvar Fáñez, que de Castilla nos echan
mas a gran honra algún día tornaremos a esta tierra!».

Mío Cid Rodrigo Díaz en Burgos, la villa, entró;
hasta sesenta pendones llevaba el Campeador;
salían a verle todos, la mujer como el varón;
a las ventanas la gente burgalesa se asomó
con lágrimas en los ojos, ¡que tal era su dolor!
Todas las bocas honradas decían esta razón:
«¡Oh Dios, y qué buen vasallo, si tuviese buen señor!».

22. *La Divina Comedia.* Dante Alighieri

(1265-1321)

La *Divina Comedia*, obra clave de la transición del pensamiento medieval (teocentrista) al renacentista (antropocentrista), es considerada la cumbre de la literatura italiana y una de las más importantes de la literatura universal. Dante resume en ella el amplio conocimiento acumulado durante siglos desde los antiguos clásicos hasta el mundo medieval y pone de manifiesto su fe religiosa y sus convicciones morales y filosóficas. La riqueza de su estilo se manifiesta en su lenguaje lleno de símbolos y frecuentes referencias a personajes mitológicos e históricos.

Canto I

A mitad del camino de la vida, en una selva oscura me encontraba porque mi ruta había extraviado. ¡Cuán dura cosa es decir cuál era esta salvaje selva, áspera y fuerte que me vuelve el temor al pensamiento! Es tan amarga casi cual la muerte; mas por tratar del bien que allí encontré, de otras cosas diré que me ocurrieron. Yo no sé repetir cómo entré en ella pues tan dormido me hallaba en el punto que abandoné la senda verdadera. Mas cuando hube llegado al pie de un monte, allí donde aquel valle terminaba y que el corazón me había aterrado, hacia lo alto miré, y vi que su cima ya vestían los rayos del planeta que lleva recto por cualquier camino. Entonces se calmó aquel miedo un poco, que en el lago del alma había entrado la noche que pasé con tanta angustia. Y como quien con aliento anhelante, ya salido del piélago a la orilla, se vuelve y mira al agua peligrosa, tal mi ánimo, huyendo todavía, se volvió por mirar de nuevo el sitio que a los que viven traspasar no deja.

Repuesto un poco el cuerpo fatigado, seguí el camino por la yerma loma, siempre afirmando el pie de más abajo. Y vi, casi al principio de la cuesta, una pantera ligera y muy veloz, que de una piel con pintas se cubría; y de delante no se me apartaba, mas de tal modo me cortaba el paso, que muchas veces quise dar la vuelta.

Entonces comenzaba un nuevo día, y el sol se alzaba al par que las estrellas que junto a él el gran amor divino sus bellezas movió por vez primera; así es que no auguraba nada malo de aquella fiera de la piel manchada la hora del día y la dulce estación; mas no tal que terror no produjese la imagen de un león que luego vi. Me pareció que contra mí venía, con la cabeza erguida y hambre fiera, y hasta temerle parecía el aire. Y una loba que todo el apetito parecía cargar en su flaqueza, que ha hecho vivir a muchos en desgracia. Tantos pesares ésta me produjo, con el pavor que verla me causaba que perdí la esperanza de la cumbre. Y como aquel que alegre se hace rico y llega luego un tiempo en que se arruina, y en todo pensamiento sufre y llora: tal la bestia me hacía sin dar tregua, pues, viniendo hacia mí muy lentamente, me empujaba hacia allí donde el sol calla. Mientras que yo bajaba por la cuesta, se me mostró delante de los ojos alguien que, en su silencio, creí mudo. Cuando vi a aquel en ese gran desierto «Apiádate de mí yo le grité, seas quien seas, sombra a hombre vivo». Me dijo: «Hombre no soy, mas hombre fui, y a mis padres me dio cuna en Lombardía pues Mantua fue la patria de los dos. Nací bajo Julio César, aunque tarde, y viví en Roma bajo el buen Augusto: tiempos de falsos dioses mentirosos. Poeta fui, y canté de aquel justo

hijo de Anquises que vino de Troya, cuando Ilión la soberbia fue abrasada. ¿Por qué retornas a tan grande pena, y no subes al monte deleitoso que es principio y razón de toda dicha?». «¿Eres Virgilio, pues, y aquella fuente de quien mana tal río de elocuencia? respondí yo con frente avergonzada. Oh luz y honor de todos los poetas, válgame el gran amor y el gran trabajo que me han hecho estudiar tu gran volumen. Eres tú mi modelo y mi maestro; el único eres tú de quien tomé el bello estilo que me ha dado honra. Mira la bestia por la cual me he vuelto: sabio famoso, de ella ponme a salvo, pues hace que me tiemblen pulso y venas». «Es menester que sigas otra ruta», me repuso después que vio mi llanto, «si quieres irte del lugar salvaje; pues esta bestia, que gritar te hace, no deja a nadie andar por su camino, mas tanto se lo impide que los mata; y es su instinto tan cruel y tan malvado, que nunca sacia su ansia codiciosa y después de comer más hambre aún tiene. Con muchos animales se amanceba, y serán muchos más hasta que venga el Lebrél que la hará morir con duelo». Éste no comerá tierra ni peltre, sino virtud, amor, sabiduría, y su cuna estará entre Fieltro y Fieltro. Ha de salvar a aquella humilde Italia por quien murió Camila, la doncella, Turno, Euríalo y Niso con heridas. Éste la arrojará de pueblo en pueblo, hasta que dé con ella en el abismo, del que la hizo salir el Envidioso.

Por lo que, por tu bien, pienso y decido que vengas tras de mí, y seré tu guía, y he de llevarte por lugar eterno, donde oirás el aullar desesperado, verás, dolientes, las antiguas sombras, gritando todas la segunda muerte; y podrás ver a aquellas que contenta el fuego, pues confían en llegar a bienaventuras cualquier día; y si ascender deseas junto a éstas, más digna que la mía allí hay un alma: te dejaré con ella cuando marche; que aquel Emperador que arriba reina, puesto que yo a sus leyes fui rebelde, no quiere que por mí a su reino subas. En toda parte impera y allí rige; allí está su ciudad y su alto trono. «¡Cuán feliz es quien él allí destina!». Yo contesté: «Poeta, te requiero por aquel Dios que tú no conociste, para huir de éste o de otro mal más grande, que me lleves allí donde me has dicho, y pueda ver la puerta de San Pedro y aquellos infelices de que me hablas». Entonces se echó a andar, y yo tras él.

23. *Soneto a Laura*. Petrarca (1304-1374)

Considerado el precursor del humanismo Petrarca es un pilar fundamental de la literatura italiana gracias a su obra *Cancionero* en la que idealiza su amor a Laura como símbolo de las virtudes cristianas y de la belleza de la Antigüedad. Su poesía dio lugar a una corriente literaria que influyó en autores como Garcilaso de la Vega, en España, y a William Shakespeare y Edmund Spenser, en Inglaterra, bajo el sobrenombre genérico de Petrarquismo. Tan influyente como las nuevas formas y temas que trajo a la poesía fue su concepción humanista con la que intentó armonizar el legado grecolatino con las ideas del cristianismo. Por otro lado, Petrarca predicó la unión de toda Italia para recuperar la grandeza que había tenido en la época del Imperio romano.

Soneto a Laura

Paz no encuentro ni puedo hacer la guerra,
y ardo y soy hielo; y temo y todo aplazo;
y vuelo sobre el cielo y yazgo en tierra;
y nada aprieto y todo el mundo abrazo.

Quien me tiene en prisión, ni abre ni cierra,
ni me retiene ni me suelta el lazo;
y no me mata Amor ni me deshierra,
ni me quiere ni quita mi embarazo.

Veo sin ojos y sin lengua grito;
y pido ayuda y parecer anhelo;
a otros amo y por mí me siento odiado.

Llorando grito y el dolor transito;
muerte y vida me dan igual desvelo;
por vos estoy, Señora, en este estado.

(Traducción de Jorge A. Piris)

24. *El Decamerón. Boccaccio* **(1313-1375)**

Son cien cuentos, algunos de ellos novelas cortas, en los que trata tres asuntos principales: el amor, la inteligencia humana y la fortuna. Los diversos cuentos de amor poseen contenidos eróticos y trágicos. Son relatos ingeniosos en los que se mezclan bromas y diferentes modelos de comportamientos humanos. La obra comienza con una descripción de la peste bubónica (la epidemia de peste negra que golpeó a Florencia en 1348), que motivó la huida de siete mujeres y tres hombres) y su refugio en una villa en las afueras de Florencia. Además de su valor literario y de su amplia influencia (por ejemplo en *Los cuentos de Canterbury* de Chaucer), ilustra la vida de la sociedad de aquella época.

Primera jornada, 2

El judío Abraham, animado por Giannotto de Civigní, va a la corte de Roma y, vista la maldad de los clérigos, vuelve a París y se hace cristiano

La novela de Pánfilo fue en parte reída y en todo celebrada por las mujeres, y habiendo sido atentamente escuchada y llegado a su fin, como estaba sentada junto a él Neifile, le mandó la reina que, contando una, siguiese el orden del comenzado entretenimiento. Y ella, como quien no menos de cortesés maneras que de belleza estaba adornada, alegremente repuso que de buena gana, y comenzó de esta guisa.

Mostrado nos ha Pánfilo con su novelar la benignidad de Dios que no mira nuestros errores cuando proceden de algo que no nos es posible ver; y yo, con el mío, entiendo mostraros cuánto esta misma benignidad, soportando pacientemente los defectos de quienes deben dar de ella verdadero testimonio con obras y palabras y hacen lo contrario, es por ello mismo argumento de infalible verdad para que los que creemos sigamos con más firmeza de ánimo.

Tal como yo, graciosas señoras, he oído decir, hubo en París un gran mercader y hombre bueno que fue llamado Giannotto de Civigní, lealísimo y recto y gran negociante en el rango de la pañería; y tenía íntima amistad con un riquísimo hombre judío llamado Abraham, que era también mercader y hombre harto recto y leal. Cuya rectitud y lealtad viendo Giannotto, empezó a tener gran lástima de que el alma de un hombre tan valioso y sabio y bueno fuese a su perdición por falta de fe, y por ello amistosamente le empezó a rogar que dejase los errores de la fe judaica y se volviese a la verdad cristiana, a la que como santa y buena podía ver siempre aumentar y prosperar, mientras la suya, por el contrario, podía distinguir cómo disminuía y se reducía a la nada.

El judío contestaba que ninguna creía ni santa ni buena fuera de la judaica, y que en ella había nacido y en ella entendía vivir y morir; ni habría nada que nunca de aquello le hiciese moverse. Giannotto no cesó por esto de, pasados algunos días, repetirle semejantes palabras, mostrándole, tan burdamente como la mayoría de los mercaderes pueden hacerlo, por qué razones nuestra religión era mejor que la judaica. Y aunque el judío fuese en la ley judaica gran maestro, no obstante, ya que la amistad grande que tenía con Giannotto le moviese, o tal vez que las palabras

que el Espíritu Santo ponía en la lengua del hombre simple lo hiciesen, al judío empezaron a agraderle mucho los argumentos de Giannotto; pero obstinado en sus creencias, no se dejaba cambiar. Y cuanto él seguía pertinaz, tanto no dejaba Giannotto de solicitarlo, hasta que el judío, vencido por tan continuas instancias, dijo: -Ya, Giannotto, a ti te gusta que me haga cristiano; y yo estoy dispuesto a hacerlo, tan ciertamente que quiero primero ir a Roma y ver allí al que tú dices que es el vicario de Dios en la tierra, y considerar sus modos y sus costumbres, y lo mismo los de sus hermanos los cardenales; y si me parecen tales que pueda por tus palabras y por las de ellos comprender que vuestra fe sea mejor que la mía, como te has ingeniado en demostrarme, haré aquello que te he dicho: y si no fuese así, me quedaré siendo judío como soy.

Cuando Giannotto oyó esto, se puso en su interior desmedidamente triste, diciendo para sí mismo: «Perdido he los esfuerzos que me parecía haber empleado óptimamente, creyéndome haber convertido a éste; porque si va a la corte de Roma y ve la vida criminal y sucia de los clérigos, no es que de judío vaya a hacerse cristiano, sino que si se hubiese hecho cristiano, sin falta volvería judío». Y volviéndose a Abraham dijo: -Ah, amigo mío, ¿por qué quieres pasar ese trabajo y tan grandes gastos como serán ir de aquí a Roma? Sin contar con que, tanto por mar como por tierra, para un hombre rico como eres tú todo está lleno de peligros. ¿No crees que encontrarás aquí quien te bautice? Y si por ventura tienes algunas dudas sobre la fe que te muestro, ¿hay mayores maestros y hombres más sabios allí que aquí para poderte esclarecer todo lo que quieras o preguntes? Por todo lo cual, en mi parecer esta idea tuya está de sobra. Piensa que tales son allí los prelados como aquí los has podido ver y los ves; y tanto mejores cuanto que aquéllos están más cerca del pastor principal. Y por ello esa fatiga, según mi consejo, te servirá en otra ocasión para obtener algún perdón, en lo que yo por ventura te haré compañía. A lo que respondió el judío: -Yo creo, Giannotto, que será como me cuentas, pero por resumirte en una muchas palabras, estoy del todo dispuesto, si quieres que haga lo que me has rogado tanto, a irme, y de otro modo no haré nada nunca. Giannotto, viendo su voluntad, dijo: -¡Vete con buena ventura! - y pensó para sí que nunca se haría cristiano cuando hubiese visto la corte de Roma; pero como nada se perdía, se calló.

El judío montó a caballo y lo antes que pudo se fue a la corte de Roma, donde al llegar fue por sus judíos honradamente recibido; y viviendo allí, sin decir a ninguno por qué hubiese ido, cautamente empezó a fijarse en las maneras del papa y de los cardenales y de los otros prelados y de todos los cortesanos; y entre lo que él mismo observó, como hombre muy sagaz que era, y lo que también algunos le informaron, encontró que todos, del mayor al menor, generalmente pecaban deshonestísimamente de lujuria, y no sólo en la natural sino también en la sodomítica, sin ningún freno de remordimiento o de vergüenza, tanto que el poder de las meretrices y de los garzones al impetrar cualquier cosa grande no era poder pequeño.

Además de esto, universalmente golosos, bebedores, borrachos y más servidores del vientre (a guisa de animales brutos, además de la lujuria) que otros conoció abiertamente que eran; y mirando más allá, los vio tan avaros y deseosos de dinero que por igual la sangre humana (también la del cristiano) y las cosas divinas que perteneciesen a sacrificios o a beneficios, con dinero vendían y compraban haciendo con ellas más comercio y empleando a más corredores de mercancías que había en París en la pañería o ningún otro negocio, y habiendo a la simonía manifiesta puesto el nombre de «mediación» y a la gula el de «manutención», como si Dios, no ya el significado de los vocablos, sino la intención de los pésimos ánimos no conociese y a guisa de los hombres se dejase engañar por el nombre de las cosas. Las cuales, junto con otras muchas que deben callarse, desagradaron sumamente al judío, como a hombre que era sobrio y modesto, y pareciéndole haber visto bastante, se propuso retornar a París; y así lo hizo. Adonde, al saber Giannotto que había venido, esperando cualquier cosa menos que se hiciese cristiano, vino a verle y se hicieron mutuamente grandes fiestas; y después que hubo reposado algunos días, Giannotto le preguntó lo que pensaba del santo padre y de los cardenales y de los otros cortesanos.

A lo que el judío respondió prestamente: -Me parecen mal, que Dios maldiga a todos; y te digo que, si yo sé bien entender, ninguna santidad, ninguna devoción, ninguna buena obra o ejemplo de vida o de alguna otra cosa me pareció ver en ningún clérigo, sino lujuria, avaricia y gula, fraude, envidia y soberbia y cosas semejantes y peores, si peores puede haberlas; me pareció ver

en tanto favor de todos, que tengo aquélla por fragua más de operaciones diabólicas que divinas. Y según yo estimo, con toda solícitud y con todo ingenio y con todo arte me parece que vuestro pastor, y después todos los otros, se esfuerzan en reducir a la nada y expulsar del mundo a la religión cristiana, allí donde deberían ser su fundamento y sostén. Y porque veo que no sucede aquello en lo que se esfuerzan sino que vuestra religión aumenta y más luciente y clara se vuelve, me parece discernir justamente que el Espíritu Santo es su fundamento y sostén, como de más verdadera y más santa que ninguna otra; por lo que, tan rígido y duro como era yo a tus consejos y no quería hacerme cristiano, ahora te digo con toda franqueza que por nada dejaré de hacerme cristiano. Vamos, pues, a la iglesia; y allí según las costumbres debidas en vuestra santa fe me haré bautizar.

Giannotto, que esperaba una conclusión exactamente contraria a ésta, al oírle decir esto fue el hombre más contento que ha habido jamás: y a Nuestra Señora de París yendo con él, pidió a los clérigos de allí dentro que diesen a Abraham el bautismo. Y ellos, oyendo que él lo demandaba, lo hicieron prontamente; y Giannotto lo llevó a la pila sacra y lo llamó Giovanni, y por hombres de valer lo hizo adocrinar cumplidamente en nuestra fe, la que aprendió prontamente; y fue luego hombre bueno y valioso y de santa vida.

25. *Libro de buen amor*⁸, 1330. Juan Ruiz, arcipreste de Hita (c. 1283-c. 1350)

Solo tenemos algunas referencias pseudobiográficas deducidas de su extensa obra del mester de clerecía del siglo XIV y de los relatos ficticios en ella contados. Además del protagonista, don Melón de la Huerta, sus amantes representan las diferentes capas de la sociedad bajomedieval española. Se sucede un amplio abanico de modelos literarios como fábulas, apólogos, exemplas, alegorías, sermones o cantigas de ciegos.

Aquí dize de cómo fue fablar con dona Endrina el arcipreste
¡Ay, Dios, e quan fermosa viene Doña Endrina por la plaça!
¡Qué talle, qué donaire, qué alto cuello de garça!
¡Qué cabellos, qué boquilla, qué color, qué buenandança!
Con saetas de amor fiere quando los sus ojos açã.
Pero, tal lugar non era para fablar en amores;
a mí luego me venieron muchos miedos e tenblores:
los mis pies e las mis manos non eran de sí señores,
perdí seso, perdí fuerça, mudáronse mis colores.
Unas palabras tenía pensadas por le dezir,
el miedo de las conpañas me façian ál departir;
apenas me conosçía nin sabía por dó ir:
con mi voluntat mis dichos non se podían seguir.
Abaxé más la palabra, díxel que en juego fablava
porque toda aquella gente de la plaça nos mirava;
desque vi que eran idos, que omne ay non fincava,
començél dezir mi quexura del amor que me afincava.
«En el mundo non es cosa que yo ame a par de vós;
tiempo es ya pasado de los años más de dos
que por vuestro amor me pena: ámovos más que a Dios;
non oso poner presona que lo fable entre nós».
«Con la grant pena que paso vengo a vos dezir mi quexa:
vuestro amor e deseo, que me afinca e me aquexa,
no·s me tira, no·s me parte, non me suelta, non me dexa;
tanto más me da la muerte quanto más se me alexa».
«Señora, yo non me atrevo a dezirvos más razones
fasta que me respondades a estos pocos sermones:
dezitme vuestro talante, veremos los coraçones».
Ella dixo: «Vuestros dichos non los preçio dos piñones».
Bien así engañan muchos a otras muchas Endrinas:
«el omne tan engañoso así engaña a sus vezinas;
non cuidedes que só loca por oír vuestras parlinas;

⁸ Edición de Alberto Blecua, Madrid, Cátedra, 1992.

buscat a quien engañedes con vuestras falsas espinas». Yo le dixé: «¡Ya, sañuda, anden fermosos trebejos!». Son los dedos en las manos, pero, non son todos parejos; todos los omes non somos de unos fechos nin consejos: la peña tiene blanco e prieto, pero, todos son conejos. «El yerro que otro fizo, a mí non faga mal; avet por bien que vos fable allí so aquel portal: non vos vean aquí todos los que andan por la cal; aquí vos fablé uno, allí vos hablaré ál». Paso a paso Doña Endrina so el portal es entrada, bien loçana e orgullosa, bien mansa e sosegada, los ojos baxo por tierra, en el poyo asentada; yo torné en la mi fabla que tenía començada: «Escúcheme, señora, la vuestra cortesía, un poquillo que vos diga la muerte mía; cuidades que vos fablo en engaño e en folía, e non sé qué me faga contra vuestra porfía». «A Dios juro, señora, para aquesta tierra, que quanto vos he dicho de la verdat non yerra; estades enfriada más que la nief de la sierra, e sodes atán moça que esto me atierra». «Otorgatme, ¡ya señora!, aquesto de buena miente, que vengades otro día a la fabla solamente: yo pensaré en la fabla e sabré vuestro talante; ál non oso demandar, vós venid seguramente». «Por la fabla se conosçen los más de los coraçones: yo entenderé de vós algo, e oiredes vós mis razones; it e venit a la fabla, que mugeres e varones por las palabras se conosçen, e son amigos e conpañones». «Pero que omne non coma nin comiença la mançana, es la color e la vista alegría palançiana: es la fabla e la vista de la dueña tan loçana al omne conorte grande e plazenteria bien sana».

26. *Cuentos de Canterbury*. Geoffrey Chaucer

(c. 1340-1400)

A juicio de los historiadores es el poeta inglés más importante de la Edad Media. Los *Cuentos de Canterbury* acreditan el uso literario del inglés cuando aún los idiomas cultos en Inglaterra eran todavía el francés y el latín. Se presentan como parte de una competición de relatos organizada por unos peregrinos durante un viaje de Londres a Canterbury para visitar el santuario de Tomás Becket. El premio era una comida en la taberna Tabard de Southwark a su regreso. La estructura es parecida a los cuentos de *El Decamerón* de Boccaccio.

El cuento del caballero

(Fragmento)

Nos cuentan viejas leyendas que había una vez un duque llamado Teseo, dueño y señor de Atenas. No existía por entonces conquistador más poderoso bajo el sol. Había conquistado muchos reinos de inigualable riqueza y, por su caudillaje y valor caballeresco, incluso el país de las Amazonas, que por aquel entonces se llamaba Escitia, y se había casado con Hipólita, su reina. Se la llevó a vivir con él a su propio país, con la mayor pompa y esplendor, junto con Emilia, la hermana menor de aquélla. Y aquí dejo a este noble duque y a sus huestes armadas cabalgando victoriosamente y al son de la música hacia Atenas.

Si no resultara demasiado largo de narrar, describiría pormenorizadamente cómo fue vencido por Teseo y sus caballeros el país de las Amazonas y, muy especialmente, la enconada batalla que sostuvieron los atenienses con ellas; cómo Hipólita, la feroz y hermosa reina de Escitia, fue asediada; la fiesta que se celebró cuando su boda y la gran tormenta que les sobrevino en la travesía hacia su patria. Pero, de momento, debo omitir estos detalles, pues Dios sabe muy bien que tengo un gran campo que arar y que dispongo de débiles bueyes para tal menester.

El resto de mi relato es bastante largo, y no quiero robar el tiempo a los demás. Que cada uno relate su cuento cuando le corresponda, y veremos quién gana el banquete. Voy, pues, a reanudar mi narración donde la dejé. El duque del que iba hablando estaba ya en las inmediaciones de la ciudad cuando, en medio de su alegría y triunfo, observó por el rabillo del ojo a un grupo de mujeres vestidas de negro, arrodilladas de dos en dos, en hilera, a lo largo del camino.

Sus lloros y lamentos eran tales que jamás criatura viviente alguna había oído algo semejante; no cesaron en sus gemidos hasta que consiguieron agarrar la brida y la rienda de su caballo. - ¿Quiénes sois que así turbáis mi regreso al hogar y la alegría general con vuestras lamentaciones? preguntó Teseo. ¿Por qué os quejáis y lamentáis así? ¿Acaso os molesta que reciba estos honores? ¿O es que alguien os ha insultado u ofendido? Decidme qué es lo que debo enderezar y por qué razón vais así vestidas de negro. Casi a punto de desmayo, con un semblante pálido como la muerte que partía el corazón, la dama de más edad empezó a hablar: -Mi señor, a quien la diosa Fortuna ha concedido la victoria y todos los honores dignos de un conquistador, no nos molestan ni vuestros laureles ni vuestro triunfo, sino que os pedimos ayuda y gracia. ¡Tened piedad de

nuestra pena y de nuestro infortunio! Que de la nobleza de vuestro corazón caiga al menos una gota de piedad sobre nosotras, pobres mujeres, pues, mi señor, no hay ninguna de nosotras que, en el pasado, no haya sido duquesa o reina.

Pero ahora, como podéis ver, somos las más infelices de las mujeres, gracias a la rueda traicionera de la diosa Fortuna que hace que los asuntos no nos sean propicios. Creednos, mi señor: hemos estado aguardando vuestra llegada en el templo de la diosa de la Piedad durante dos semanas enteras. Ahora, señor, ¡ayudadnos, ya que podéis hacerlo! Yo, que lloro aquí mi desgracia, fui en el pasado la esposa del rey Capaneo, el que sucumbió en Tebas. ¡Maldito sea aquel infausto día! Todas las que aquí sollozamos, vestidas de negro, perdimos a nuestros esposos durante el asedio de la ciudad. ¡Ay de nosotras! En este preciso momento, el anciano Creón, ahora señor de Tebas, lleno de cólera e iniquidad está deshonorando sus cadáveres: con desprecio tiránico ha hecho amontonar los cuerpos degollados de nuestros esposos y no quiere ni oír hablar de quemarlos o de darles sepultura, sino que, lleno de desprecio, los arroja a los perros para que los devoren. Al decir esto cayeron de bruces, gritando lastimosamente: -Tened compasión de nosotras, infortunadas mujeres, y dejad que nuestro dolor penetre en vuestro corazón.

Cuando el duque les oyó hablar, de un salto se apeó del caballo, con el corazón lleno de compasión al ver la desgracia y abandono de aquellas mujeres que habían tenido tan alto rango. Sintió tan intensa piedad, que parecía que el corazón le iba a estallar. Levantó con sus brazos a cada una de ellas y trató de infundirles ánimo, jurando por su condición de caballero que utilizaría todo su poder en vengarlas del tirano, hasta que toda Grecia conociera la forma en que Teseo iba a dar a Creón la muerte a que se había hecho acreedor.

Entonces, desplegó de inmediato su estandarte para congrega a sus hombres y se dirigió contra Tebas con todo su ejército. Ni siquiera media jornada se acercó a Atenas para descansar, sino que aquella noche pernoctó en el camino que conducía a Tebas. Envío a la reina Hipólita y a su joven y encantadora hermana Emilia a la ciudad de Atenas para que permanecieran allí mientras él seguía cabalgando. ¿Qué más puedo decir? La roja imagen de Marte con su lanza y escudo resaltaba su gran estandarte blanco hasta que su reflejo brilló en todos los puntos de los campos que atravesó, junto al estandarte llevaba un pendón de oro, bordado con la figura del Minotauro, que había conquistado en Creta.

De esta guisa el duque conquistador cabalgó con sus huestes -la flor de la caballería- hasta llegar a Tebas, donde se desplegaron en perfecto orden de batalla. Para abreviar el relato: luchó con Creón, el rey de Tebas, y le mató en noble combate, como corresponde a un valiente caballero. Entonces, tras derrotar a los hombres de Creón, asaltó la ciudad, derribando murallas, vigas y puntales. Luego, Teseo restituyó a las mujeres los cadáveres de sus esposos para que recibieran sepultura siguiendo los ritos funerarios de costumbre.

27. *Gargantúa*, 1532. François Rabelais

(1494-1553)

El zigzagueante recorrido vital de François Rabelais -franciscano, benedictino y, tras la secularización, médico- y, más concretamente, su *Gargantúa y Pantagruel* pueden ser considerados como la síntesis final de la Edad Media y como anticipo de la literatura renacentista e, incluso, como un precedente de la narrativa contemporánea. Algunos autores han establecido ciertas analogías con el *Ulises* y, sobre todo, con el *Finnegan's Wake*, de James Joyce.

Su crítica despiadada a los hábitos trasnochados, su burla hiperbólica a las costumbres inhumanas y su incansable tarea de desarrollar las posibilidades expresivas del lenguaje deberían ser unas invitaciones irrenunciables para que revisemos nuestras maneras convencionales -a veces arbitrarias- de estar en el mundo, y para que renovemos nuestros estilos literarios, quizás, excesivamente formales, serios y aburridos.

Capítulo I

De la genealogía y antigüedad de Gargantúa

Os remito a la gran crónica Pantagruelina para conocer la antigüedad y genealogía de donde nos viene Gargantúa. En ella veréis detalladamente cómo llegan los grandes a este mundo y cómo de ellos, por línea directa, nació Gargantúa, padre de Pantagruel; no os enfadará el que ahora me aparte de este asunto, que muchas veces he de recordar y otras tantas ha de agradar a vuestras señorías, si sois del parecer de Platón en *Philebo et Gorgias* y de Flaco, quien dice que hay cosas, como estas sin duda, que tanto más agradan cuanto más veces se repiten. Quiso Dios conservar y distinguir su genealogía, tan larga como desde Noé hasta nosotros. Yo creo que algunos que son hoy emperadores, reyes, príncipes y papas en la tierra, descienden de traperos y gañanes, como a contrapelo sucede que muchos mendigos de hostería, ladronzuelos y miserables, vienen por sangre y línea de grandes reyes y emperadores; ved la transposición admirable de los imperios y los reinos.

De los asirlos a los medos;
de los medos a los persas;
de los persas a los macedonios;
de los macedonios a los romanos;
de los romanos a los griegos;
de los griegos a los franceses.

En cuanto a mí, creo que desciendo de algún opulento rey o príncipe de los pasados tiempos, porque no habréis conocido hombre que sienta mayor afición que yo a ser rey y rico, para que me engordara el rostro, no trabajar, vivir sin cuidados y enriquecer a mis amigos y a todos los hombres de bien y de saber; pero me conformo con que he de serlo en el otro mundo, más grande que éste, aun cuando por ahora no quiero pasar a habitarlo. Vosotros, que tendréis igual o más alto pensamiento, consolaos de vuestra desgracia y bebed vino fresco siempre que podáis. Volviendo

a nuestros carneros, os diré que por don celestial y soberano se ha conservado la genealogía de Gargantúa más entera que ninguna otra, excepto la del Mesías, de la cual no hablo porque no me toca y porque además los diablos (estos son los calumniadores y los hipócritas) habrían de oponerse.

Fue encontrada por Juan Andeau en un prado que tenía más allá de Guauleau, más abajo de L'Olive, en dirección a Narsay. Habiendo hecho Juan practicar excavaciones, los cavadores tocaron con sus azadas una gran tumba de bronce, larga, sin medida, porque nunca encontraron el extremo, que llegaba más allá de las esclusas del Vienne. La abrieron por cierto sitio señalado debajo de un cubilete, alrededor del cual había escrito con letras etruscas: *hic bibitur*, y encontraron nueve frascos, colocados en la misma forma que colocan los bolos en Gascuña; el que estaba en medio cubría un librito grueso, graso, grande, gris, bonito, pequeño y enmohecido, que olía poco más o menos como las rosas. En él fue hallada dicha genealogía escrita en largas letras cancellerescas, no en papel, ni en pergamino, ni en cera, sino en agallas de olmo, tan mal tratadas por el tiempo, que apenas se conocían sus rasgos. Yo (conviene que lo diga) fui llamado allí, y con gran repuesto de anteojos, deteniéndome mucho en donde debían estar las letras no aparentes, conforme a lo que indica Aristóteles, lo interpreté, como podréis ver, después de pantagruelizar, este es, beber a discreción. Al fin del libro había un tratadito titulado *Los Fanfreluches antídotos*. Las ratas, los topos y, para no mentir, otras malignas bestias, habían roído el principio; el resto lo he traducido y lo adjunto por reverencia a su antigüedad.

28. *La mandrágora*. Nicolás Maquiavelo (1469-1527)

Considerado como el padre de la Ciencia Política moderna, Nicolás Maquiavelo fue un autor relevante del Renacimiento italiano. En 1513 escribió su tratado de doctrina política titulado *El príncipe*, publicado en Roma en 1531.

La mandrágora es la obra dramática que cuenta la historia de Calímaco, un joven florentino residente en la ciudad de París, quien termina obsesionado con el pensamiento de Lucrecia, una mujer florentina, de cuya belleza ha escuchado pero nunca ha visto en su vida. Emplea la conquista amorosa como imagen gráfica de su estrategia para lograr la participación, la manipulación, la persuasión y la conquista de metas políticas.

SIRO.- Ya comienzo a adivinar el mal que os aqueja.

CALÍMACO.- Solía ser mi invitado como los otros florentinos y juntos, charlando, un día sucedió que llegamos a discutir dónde había mujeres más guapas, si en Italia o en Francia. Y dado que yo no podía juzgar a las italianas, pues había partido siendo muy pequeño, otro florentino presente tomó la parte francesa y Camilo la italiana; y después de dar muchas opiniones cada parte, Camilo, casi encolerizado, dijo que así todas las mujeres italianas fuesen monstruos, él tenía una pariente que rescataba la honra de todas.

SIRO.- Ahora entiendo lo que queréis decir.

CALÍMACO.- Y nombró a Madonna Lucrecia, mujer de Messer Nicia Calfucci y, cubriéndola de alabanzas, habló tanto de su belleza y de sus costumbres que nos dejó a todos estupefactos; y despertó en mí tanto deseo de verla que, sin cuidarme de otra cosa ni pensar en la guerra o en la paz en Italia, me dirigí hacia aquí.

Al llegar encontré que la fama de Madonna Lucrecia es muy inferior a la realidad, cosa que sucede raramente y el deseo de estar con ella me ha inflamado tan fuerte que no encuentro paz en ningún lado.

SIRO.- Si me hubierais hablado de ello en París, os habría aconsejado, pero ahora no sé qué deciros.

CALÍMACO.- No te he contado esto porque quiera tus consejos, sino para desahogarme un poco y para que dispongas tu ánimo para ayudarme cuando sea necesario.

SIRO.- Para esto estoy listo, pero ¿tenéis alguna esperanza?

CALÍMACO.- ¡Ay de mí! Ninguna o pocas.

SIRO.- ¿Por qué?

CALÍMACO.- Te contaré. En primer lugar tengo en contra su naturaleza, que es honestísima y totalmente ajena a las cosas del amor; tiene un marido muy rico, que se deja gobernar totalmente por ella y, aunque no es joven, tampoco es viejo; no tiene ni parientes ni vecinos con quienes ella

coincida para una velada o una fiesta u otra distracción con las que suelen deleitarse las jóvenes. En su casa no entran ni obreros ni artesanos y no hay criada ni criado que no le teman sobremanera, de modo que no hay lugar a que nadie sea sobornado o corrompido.

29. *Soneto XV*. Garcilaso de la Vega (1501?-1536)

La poesía de Garcilaso de la Vega, expresión del Renacimiento castellano, constituye una referencia para los poetas españoles. Él, junto con Juan Boscán y Diego Hurtado de Mendoza introdujeron diferentes estrofas (terceto, soneto, lira, octava real, endecasílabos sueltos, canción en estancias), y temas, estructuras y recursos estilísticos tomados del petrarquismo. Siguiendo a Juan de Valdés, su palabra clara, precisa y natural, a veces cercana al lenguaje oral, busca el equilibrio clásico. En este soneto expresa su pena por la pérdida de su amada considerando que su dolor es mayor porque sufre el abandono de «un corazón conmigo endurecido».

*Soneto XV*⁹

Si quejas y lamentos pueden tanto,
que enfrenaron el curso de los ríos,
y en los diversos montes y sombríos
los árboles movieron con su canto;

si convirtieron a escuchar su llanto
los fieros tigres, y peñascos fríos;
si, en fin, con menos casos que los míos
bajaron a los reinos del espanto,

¿por qué no ablandará mi trabajosa
vida, en miseria y lágrimas pasada,
un corazón conmigo endurecido?

Con más piedad debería ser escuchada
la voz del que se llora por perdido
que la del que perdió y llora otra cosa.

⁹ Garcilaso de la Vega, *Poesías castellanas completas*, Madrid, Clásicos Castalia, ed. de Elías L. Rivers: 51.

30. *Esta desnuda playa, esta llanura.* Fernando de Herrera (Sevilla, 1534-1597)

Fernando de Herrera profundiza los rasgos petrarquistas de la poesía de Garcilaso de la Vega y añade unas aportaciones propias. En sus *Anotaciones a la poesía de Garcilaso*¹⁰ analiza su obra, y el *Elogio de la vida y muerte de Tomás Moro*, es una biografía desde una perspectiva política. En su obra lírica se destacan *La gigantomaquia* y *Amores de Lausino y Corona*. Protagonista de la transición de la poesía petrarquista a la cultista de España, es un perfeccionista de la lírica que cuida los sonidos y crea versos innovadores.

Esta desnuda playa, esta llanura
de astas y rotas armas mal sembrada,
do el vencedor cayó con muerte airada,
es de España sangrienta sepultura.

Mostró el valor su esfuerzo, mas ventura
negó el suceso y dio a la muerte entrada,
que rehuyó dudosa, y admirada
del temido furor, la suerte dura.

Venció otomano al español ya muerto,
antes del muerto el vivo fue vencido,
y España y Grecia lloran la vitoria,

pero será testigo este desierto
que el español muriendo, no rendido,
llevó de Grecia y Asia el nombre y gloria.

¹⁰ Durante la Edad Media y el Renacimiento son frecuentes los comentarios de obras de otros autores y, en especial de las consideradas como clásicas o maestras. Las *Anotaciones* de Fernando de Herrera venían precedidas de dos ediciones del Brocense (1574 y 1578) en las que buscaban las fuentes clásicas a las que Garcilaso había acudido en su obra.

31. *Guía de Pecadores.* Fray Luis de Granada (1504-1588)

Escribió en latín *Libri sex ecclesiasticae rhetoricae* (1576), traducido al castellano en 1770. La *Guía de Pecadores* (1556) se considera en los manuales de literatura como obra clásica y sus contemporáneos lo calificaron de «Cicerón español». Su cuidada prosa se caracteriza por sus largos períodos al estilo de aquel orador romano.

I. De otros ejemplos que declaran el fruto de la buena lección

Mas, sobre todos estos ejemplos que se pueden traer para declarar el fruto de la buena doctrina, es digno de perpetua recordación el del santísimo rey Josías; el cual me pareció enjener aquí de la manera que está escrito en los libros de los Reyes. Pues este buen rey comenzó a reinar de edad de ocho años, hallando el reino perdido por culpa de su padre Amón y de su abuelo Manasés, que fueron perversísimos hombres y derramadores de sangre de profetas. Mas a los doce años de su reinado le fue enviado por mandado del sumo sacerdote Helquías [Jilquías] el libro de la ley de Dios, que halló en el Templo; el cual no sólo contenía lo que Dios mandaba, sino también los grandes galardones que prometía a los fieles guardadores de su ley, y los terribles y espantosos castigos y calamidades que amenazaban a los quebrantadores della.

Pues, como este libro se leyese en presencia del rey, fue tan grande el temor y el espanto que cayó sobre él, que rasgó sus vestiduras, y envió al sumo sacerdote susodicho, con otros hombres principales, a una santa mujer profetisa que moraba en Jerusalén, para que hiciese oración a Dios por ellos, y supiese su determinación y voluntad acerca de lo contenido en aquel libro. La cual les respondió desta manera: Esto dice el Señor: «Yo enviaré sobre este lugar y sobre todos los moradores dél todas las plagas contenidas en ese libro que se leyó delante del rey; porque ellos me desampararon y sacrificaron a dioses ajenos [...]». Y, al rey que os envió a mí para que rogase a Dios por esta necesidad, diréis: «Por cuanto oíste las palabras dese libro y se enterneció tu corazón con ellas, y te humillaste delante de mi acatamiento, y con el temor y reverencia que de mí concebiste rasgaste tus vestiduras y derramaste lágrimas delante de mí, yo también oí tu oración, y recogerte he con tus padres, y serás sepultado pacíficamente en tu sepulcro, y no verán tus ojos las plagas y calamidades con que yo tengo de castigar este lugar con los moradores dél».

Dieron, pues, los embajadores esta respuesta al rey, el cual mandó convocar todos los hombres principales del reino, con todos los sacerdotes y levitas, y con todo el pueblo, desde el menor hasta el mayor, y mandó leer aquel libro delante de todos. Y él, juntamente con ellos, se ofreció al servicio y culto de Dios; sobre lo cual el rey pidió juramento a todos. Y, no contento con esto, limpió la tierra de infinitas abominaciones que en ella había, derribando todos los altares de los ídolos, y desenterrando los huesos de los sacerdotes que les sacrificaban y quemándolos sobre sus altares. Y este rey fue tan santo, que, según dice la Escritura, ni antes ni después dél hubo otro mayor.

Pues ¿qué más grave argumento se puede traer para declarar el fruto de la buena doctrina, que este, del cual tantos y tan admirables frutos se siguieron? Y ¿qué persona habrá tan enemiga de sí misma que, viendo tales frutos, no se ofrezca a gastar un pedazo de tiempo en leer libros de católica y sana doctrina, para gozar de tan grandes bienes?

32. *Al salir de la cárcel.* Fray Luis de León (1527-1591)

Su obra pertenece a la literatura ascética de la segunda mitad del siglo XVI y expresa el deseo del alma de alejarse de lo terrenal para alcanzar las promesas de Dios. Recoge las innovaciones garcilasianas y el sentido del equilibrio y de la sobriedad formal del primer Renacimiento, antes de que se produzcan los excesos del Barroco. En su obra predomina la afectividad sobre la racionalidad y se advierten ecos horacianos sobre todo en sus fórmulas narrativas y descriptivas en las que expresa sus preferencias por la vida auténtica y solitaria frente a los engaños y ruidos de la vida en sociedad sometida a la mentira y al griterío. Se suele interpretar como la reacción de un hombre bueno que ha sido encarcelado injustamente y que, tras su puesta en libertad, desea vivir en paz.

Al salir de la cárcel

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa,
en el campo deleitoso
con sólo Dios se compasa,
y a solas su vida pasa,
ni envidiado ni envidioso.

33. *Vivo sin vivir en mí. San Juan de la Cruz* (1542-1591)

A partir de los análisis de Dámaso Alonso los críticos coinciden en que la obra poética de san Juan de la Cruz está influida por el *Cantar de los cantares* y por la tradición de la poesía culta italianizante, de la poesía popular y de los cancioneros del Renacimiento español. Su obra poética está compuesta por tres poemas mayores: *Noche oscura*, *Cántico espiritual* y *Llama de amor viva*; y diferentes poemas menores: cinco glosas, diez romances y dos cantares. En prosa escribió comentarios a sus poemas mayores. El influjo de la Biblia es patente en el *Cántico espiritual*, cuyas imágenes recuerdan las del *Cantar de los cantares*.

Las alusiones a lo largo de la historia al morir de amor, al vivo sin vivir, al muerdo porque no muerdo, etc. son abundantes como, por ejemplo, en los *Salmos* hebreos del rey David o en el *Cántico* de Salomón y, después entre los místicos medievales, los trovadores, el cancionero popular y la poesía tradicional. Es un tema presente en una larga tradición cortesana, frecuentemente entrelazada con lo popular¹¹.

Vivo sin vivir en mí
y de tal manera espero,
que muerdo porque no muerdo.

En mí yo no vivo ya,
y sin Dios vivir no puedo;
pues sin él y sin mí quedo,
este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
pues mi misma vida espero,
muriendo porque no muerdo.

Esta vida que yo vivo
es privación de vivir;
y así, es continuo morir
hasta que viva contigo.
Oye, mi Dios, lo que digo:
que esta vida no la quiero,
que muerdo porque no muerdo.

Estando ausente de ti
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer
la mayor que nunca vi?

¹¹ Dámaso Alonso y Víctor García de la Concha han publicado rigurosos estudios al respecto y han reunido abundantes y variados ejemplos.

Lástima tengo de mí,
pues de suerte persevero,
que muero, porque no muero.

El pez que del agua sale
aun de alivio no carece,
que en la muerte que padece
al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que se iguale
a mi vivir lastimero,
pues si más vivo más muero?

Cuando me pienso aliviar
de verte en el Sacramento,
háceme más sentimiento
el no te poder gozar;
todo es para más penar
por no verte como quiero,
y muero porque no muero.

Y si me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte
se me dobla mi dolor;
viviendo en tanto pavor
y esperando como espero,
muérome porque no muero.

¡Sácame de aquesta muerte
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que peno por verte,
y mi mal es tan entero,
que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya
y lamentaré mi vida,
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios!, ¿cuándo será
cuando yo diga de vero:
vivo ya porque no muero.

34. *Vivo sin vivir en mí.* Santa Teresa de Jesús (1515-1582)

Tanto en su vida como en su obra armoniza la incesante actividad pública con la intensa vida interior. Considerada como la cumbre de la mística experimental cristiana, es una escritora que conjuga la profundidad de sus pensamientos con la sencillez de su lenguaje. En el *Libro de la Vida* narra episodios autobiográficos, capítulos sobre la oración y relatos de fundaciones de conventos. Santa Teresa escribe poesías ocasionalmente inspirándose en sus lecturas de juventud. Los biógrafos afirman que los componía durante los largos viajes a las fundaciones, «en los carromatos en que se desplazaban, para animar las largas y monótonas horas». Recordemos que, en Castilla del siglo XVI se cultivaba el arte de glosar o añadir coplas a las creaciones populares.

Vivo sin vivir en mí

Vivo sin vivir en mí,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí;
cuando el corazón le di
puse en él este letrero:
que muero porque no muero.

Esta divina prisión
del amor con que yo vivo
ha hecho a Dios mi cautivo,
y libre mi corazón;
y causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué vida tan amarga
do no se goza el Señor!

Porque si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga.
Quítame Dios esta carga,
más pesada que el acero,
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza.
Muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte,
vida, no me seas molesta;
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte.
Venga ya la dulce muerte,
el morir venga ligero,
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
es la vida verdadera;
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva.
Muerte, no me seas esquiva;
viva muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí,
si no es el perderte a ti
para mejor a Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues tanto a mi Amado quiero,
que muero porque no muero.

35. *Don Quijote*. Miguel de Cervantes (1547-1616)

Novelista, poeta y dramaturgo Miguel de Cervantes es considerado como el escritor español más importante. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, publicado a comienzos de 1605, es la obra más destacada de la literatura española y una de las principales de la literatura universal¹². Desmitifica la tradición caballeresca y cortés, y es considerada como la primera novela moderna y la primera novela polifónica.

En este fragmento don Quijote decide manifestar su amor a Dulcinea haciendo una locura. Va con Sancho a unas montañas desiertas, se quita los pantalones y da volteretas poniendo la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo así sus vergüenzas. Sancho se quedó contento y satisfecho porque así podía jurar que su amo estaba loco.

Del capítulo XXV (1.ª parte)

-Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos -dijo don Quijote- y aun tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas. Cuanto más, que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay y las vayas poniendo de trecho a trecho, hasta salir a lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, a imitación del hilo del laberinto de Perseo.

-Así lo haré -respondió Sancho Panza.

Y, cortando algunos, pidió la bendición a su señor y, no sin muchas lágrimas de entrambos, se despidió dél. Y subiendo sobre Rocinante, a quien don Quijote encomendó mucho y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho a trecho los ramos de la retama, como su amo se lo había aconsejado. Y así se fue, aunque todavía le importunaba don Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo:

-Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien: que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

-¿No te lo decía yo? -dijo don Quijote-. Espérate, Sancho, que en un credo las haré.

Y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales y luego sin más ni más dio dos zapatetas en el aire y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo

¹² Confer, <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-quiote-desde-la-teora-de-la-experiencia-vital-0/html/>.

cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a Rocinante y se dio por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco. Y así le dejaremos ir su camino, hasta la vuelta, que fue breve.

36. *El Rey Lear*. William Shakespeare (1564-1616)

Dramaturgo, poeta y actor inglés, Shakespeare es considerado el escritor más importante en lengua inglesa y uno de los más célebres de la literatura universal.

En *El Rey Lear*, además de la variedad de empleos lingüísticos, nos llama la atención la intensidad y la fuerza con la que expresa sentimientos de amor, de odio, de piedad o de locura. Nos sorprende la libertad de su imaginación creadora.

LEAR Mientras, voy a revelar mi propósito secreto
Dadme ese mapa. Sabed que he dividido
en tres mi reino y que es mi firme decisión
liberar mi vejez de tareas y cuidados,
asignándolos a sangre más joven, mientras yo,
descargado, camino hacia la muerte.
Mi yerno de Cornwall y tú, mi no menos querido
yerno de Albany, es mi voluntad en esta hora
hacer pública la dote de mis hijas
para evitar futuras disensiones. Los príncipes
de Francia y de Borgoña, rivales pretendientes
de mi hija menor, hacen amorosa permanencia
en esta corte y es forzoso responderles.
Decidme, hijas mías, puesto que renuncio
a poder, posesión de territorios
y cuidados de gobierno, cuál de vosotras
diré que me ama más, para que mi largueza
se prodigue con aquélla cuyo afecto
rivalice con sus méritos. Goneril,
mi primogénita, habla tú primero.

GONERIL Señor, os amo más de lo que expresan las palabras,
más que a vista, espacio y libertad,
mucho más de lo que estimen único o valioso;
no menos que a una vida de dicha, salud,
belleza y honra; tanto como nunca
amara hijo o fuese amado padre;
con un amor que apaga la voz y ahoga el habla.
Mucho más que todo esto os amo yo.

(<https://www.biblioteca.org.ar/libros/656581.pdf>)

37. *A un sueño.* Luis de Góngora

(1567-1627)

Exponente de la corriente literaria «culteranista», que persigue alcanzar la belleza formal, Luis de Góngora ha sido sucesivamente imitado, venerado, envidiado y odiado. En su época, permaneció casi en el olvido hasta que la Generación del 27 lo rescató y le dedicó un homenaje en el tercer centenario de su muerte. Fue el poeta que llevó a su punto álgido el soneto, la composición poética que tiene su origen en el renacimiento italiano y en España fue introducida por el Marqués de Santillana (1398-1458) y por Juan Boscán (1487-1542).

Varia imaginación que, en mil intentos,
A pesar gastas de tu triste dueño
La dulce munición del blando sueño,
Alimentando vanos pensamientos,

Pues traes los espíritus atentos
Sólo a representarme el grave ceño
Del rostro dulcemente zahareño
(Gloriosa suspensión de mis tormentos),

El sueño (autor de representaciones),
En su teatro, sobre el viento armado,
Sombras suele vestir de bulto bello.

Síguele; mostraráte el rostro amado,
Y engañarán un rato tus pasiones
Dos bienes, que serán dormir y vello.

38. *Amor constante más allá de la muerte.* Francisco de Quevedo (1580-1645)

La vida y la obra de Francisco de Quevedo poseen intensos valores humanos, estéticos. Lidera el «conceptismo» opuesto a «culteranismo». Su lenguaje es mordaz y sarcástico y su visión de mundo es pesimista. Este poema recrea la pervivencia del amor más allá de la muerte. El tema, de inspiración petrarquista, también lo trató Garcilaso. El amante se imagina en la otra vida después de la muerte y proclama que su amor será eterno. Recordamos que, en esta época, el «yo poético» era un dibujo, una representación artificial y no el sentimiento real de quien escribe. La «postrera sombra», el «blanco día» o la «hora lisonjera» son metáforas de la muerte interpretada como un descanso liberador de la vida.

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día;
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;

mas no de esa otra parte en la ribera
dejará la memoria, en donde ardía;
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas, que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrán sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

39. *Desmayarse, atreverse, estar furioso. Lope de Vega* (1562-1635)

Fue uno de los poetas y dramaturgos más importantes del Siglo de Oro español y del Barroco, un movimiento que surgió en Italia en el siglo XVII. Este Soneto, que puede servir de ilustración, se caracteriza por el abundante uso de metáforas, hipérboles, paradojas, antítesis y adjetivaciones como «áspero», «tierno», «liberal», «esquivo», «alentado», «mortal», «difunto», «vivo», «leal», «traidor», «cobarde» y «animoso», «alegre», «triste», «humilde», «altivo», «enojado», «valiente», «fugitivo», «satisfecho», «ofendido», «receloso». El amor no está idealizado, como ocurría en el Renacimiento.

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;

no hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;

huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño,

creer que un cielo en un invierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño,
esto es amor; quien lo probó lo sabe.

40. *El Paraíso Perdido*, 1667. John Milton (1608-1674)

Se suele mencionar como uno de los escritores más importantes de la lengua inglesa debido a su amplia influencia en la literatura posterior. Algunos críticos lo señalan como el difusor del verso blanco en poesía especialmente durante el Romanticismo. *El Paraíso Perdido* es una epopeya clásica de la literatura que, apoyándose en el relato bíblico de la caída de Adán y Eva, interpreta el problema del mal y del sufrimiento ofreciendo un mensaje esperanzador. Como es sabido, ha dado origen a un tópico literario en la literatura universal. En este poema, el cielo y el infierno, más que espacios físicos, son concebidos como estados de ánimo. Satanás, símbolo del sufrimiento, se venga de Dios a través de las desgracias que genera en los seres creados que disfrutan de una vida feliz.

Emperatriz de este hermoso Mundo,
Esplendorosa Eva, me es muy fácil
Decirte todo lo que tú me mandas,
Y es justo que seas obedecida.
En un principio era como las otras
Bestias que pacen en la hollada hierba,
De pensamientos ruines y rastreros
Como era mi sustento, sin poder
Discernir más que alimento y sexo,
Y nada elevado comprendía;
Hasta que un día, vagando por el campo,
Me encontré con un árbol muy hermoso
Que asomaba a distancia, todo lleno
De frutos de los más bellos colores,
Oro y púrpura. Me acerqué a contemplar;
Sus ramas desprendían un aroma
Sabroso y agradable al apetito,
Que a mis sentidos placía mucho más
Que la fragancia del más dulce hinojo,
O las ubres de la oveja o la cabra
Que gotean hacia el anochecer
La leche que dejaron olvidada
El lechal y el cabrito por sus juegos.
Para satisfacer el deseo vivo
De gustar unas manzanas tan hermosas,
Resolví no aplazar aquel momento;
El hambre y la sed, ambas poderosas
Inductoras, se aliaron al olor
De una fruta que era tan tentadora,

Y me precipitaron vivamente.
Pronto me enroscaba en su musgoso
Tronco, pues para alcanzar sus altas
Ramas se requería tu estatura
O la de Adán: había en torno al árbol
Los demás animales que miraban
Con el mismo deseo, y la impaciencia
Y envidia de no poder alcanzar.
Pronto me encontré en medio del árbol.
En donde la abundancia tentadora
Colgaba tan cercana y no me abstuve
De coger y comer hasta saciarme.
Pues nunca tal placer había hallado
Hasta entonces al pasto o en la fuente.
Saciada, al fin, no tardé en observar
En mí un extraño cambio que supuso
El don de la razón en mi interior.
Y esperar no se hizo la palabra.
Aunque encerrada en esta misma forma.
Desde entonces volví mis pensamientos
A reflexiones profundas o elevadas.
Considerando con amplitud de mente
Las cosas que se observan en el cielo.
En la tierra y en el aire, todas
Las cosas que son bellas y son buenas;
Mas todo lo que es bello y lo que es bueno
Unido lo contemplo en tu divina
Imagen y en el rayo celestial
De tu belleza; no existe belleza
Que pueda compararse con la tuya
O sea su segunda; esto me obliga.
Aunque importuno acaso a contemplarte.
A venir a adorarte y declarar.

41. *Tartufo*. Jean-Baptiste Poquelin, Molière (1622-1673)

Dramaturgo, actor y poeta francés, importante escritor de la literatura universal, es considerado el padre de la *Comédie Française*. Crítico con los que presumen de sabios, de médicos, de ricos o de poderosos, enaltece las ansias de libertad de la juventud. Se propuso el objetivo de «hacer reír a la gente honrada» y trazar un retrato satírico de su época. En *Tartufo* representa, ridiculizándolo, al impostor que vive la religión de una manera interesada e hipócrita.

DORINA.- Vos le juzgáis un santo, pero creedme que toda su conducta es hipocresía.

PERNELLE.- ¡Tened la lengua!

DORINA.- Pues yo, ni en él ni su Lorenzo quería fiar a no ser con garantía muy buena.

PERNELLE.- Desconozco lo que pueda ser el sirviente; pero abono al señor por hombre de bien. Le queréis mal y le rechazáis porque os dice las verdades a todos; mas su corazón no se enfurece sino contra el pecado y sólo el interés del Cielo le impulsa.

DORINA.- Bueno; pero ¿por qué, sobre todo de algún tiempo a esta parte, no quiere tolerar que nadie frecuente la casa? ¿Qué mal causa al Cielo una visita honrada y a qué bueno ha de quebrarnos la cabeza el señor Tartufo con los escándalos que arma en esas ocasiones? ¿Queréis que me explique en confianza? Pues creo que tiene celos de ver agasajada a la señora.

PERNELLE.- Callad y medita mejor lo que decís. No es él quien censura tales visitas. El aparato que acompaña a las gentes que aquí acuden, las carrozas plantadas sin cesar a la puerta y tanta reunión de bulliciosos lacayos causan deplorable ruido en la vecindad. No creo que en el fondo suceda nada; más se habla de ello y eso no es conveniente.

CLEANTO.- ¿Queréis impedir que se hable, señora? Torpe cosa sería en la vida renunciar a los mejores amigos por miedo a los discursos necios. Y, aun de resolverse a hacerlo, ¿creéis que así se obligaría a la gente a callar? Contra la maledicencia no hay baluarte.

No pensemos, pues, en los chismes sandios; vivamos inocentemente y dejemos plena licencia a los murmuradores.